# Ocho cuentos de Puerto Rico



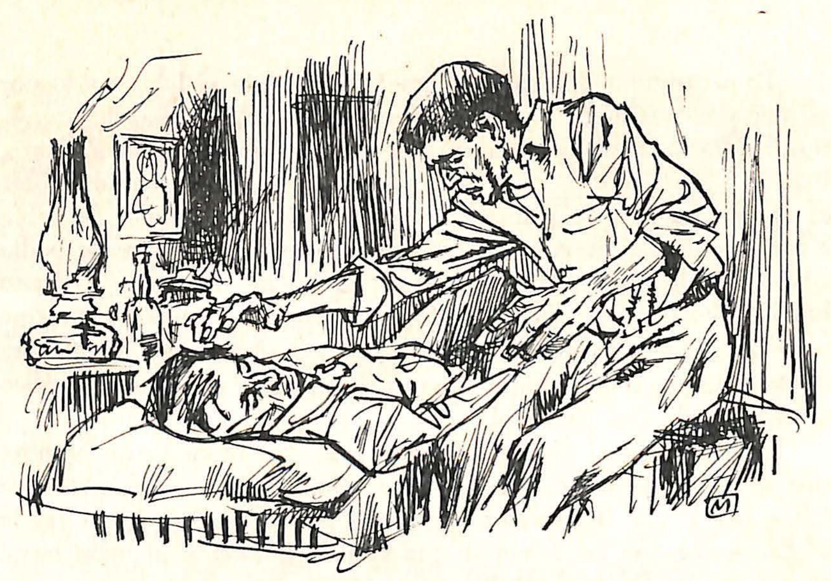
# Introducción

El cuento es tal vez el género que más se ha desarrollado en los últimos años en Puerto Rico. En un país que se había distinguido desde sus comienzos literarios por la gran cantidad de poetas, llama poderosamente la atención el surgimiento de un grupo de cuentistas que nada tienen que envidiar a los principales del exterior.

De ese grupo hemos escogido ocho para esta breve antología. Podremos observar en sus trabajos la gran variedad de temas y ambientes con los cuales se ha venido enriqueciendo el cuento puertorriqueño. Los relatos de Emilio S. Belaval – *Santiguá de santigüero* – y de Abelardo Díaz Alfaro – *El Josco* – muestran el tema rural, que era el más frecuentado por nuestros escritores hasta bastante entrado el siglo. *Naufragio,* de Tomás Blanco, trata un asunto relacionado con el mar. *En el fondo del caño hay un negrito,* de José Luis González, presenta el ambiente del arrabal. *La muerte obligatoria* de Emilio Díaz Valcárcel, introduce un tema humorístico, mientras que *Tres Hombres junto al río,* de René Marqués, demuestra el avance logrado en el cuento histórico. *Los inocentes,* de Pedro Juan Soto, nos traslada a Nueva York, otro importante escenario de la literatura boricua actual. Por último, Edwin Figueroa se adentra en *El rebelde* en uno de los temas principales del cuentista de hoy: el problema político.

Varias generaciones literarias se mezclan en esta antología, pasando de Tomás Blanco, nacido en 1897, a Emilio Díaz Valcárcel, el más joven del grupo, nacido en 1929.

No hay duda que es en el cuento, más que en la novela o el teatro, donde se han ventilado con mayor despliegue y eficacia los asuntos del Puerto Rico de hoy. Así lo han reconocido los principales antologistas del género. Sugerimos a aquéllos que se interesan en el mismo que consulten las siguientes colecciones: *Antología de cuentos puertorriqueños,* 1954, de Enrique A. Laguerre; *Cuentos puertorriqueños de hoy,* 1959, de René Marqués; *El cuento,* 1957, y *El arte del cuento en Puerto Rico,* 1961, de Concha Meléndez; y la *Antología de cuentos puertorriqueños* (2 volúmenes) de Cesáreo Rosa-Nieves y Félix Franco Oppenheimer.



# Santiguá de santigüero

*por Emilio S. Belaval*

El santigüero tendió en su camastro el cuerpo del enfermo que había caído de bruces en la cuesta del barrio Juan Martín. Era un montocito de hombre, con las cejas lampiñosas, que tenía el pantalón agujereado por la miseria. Sus ojos estaban cerrados por una fatiga tan profunda que parecía tener los párpados cosidos. Cuando el enfermo estuvo acostado, el santigüero se santiguó y le dio la primera santiguada a su paciente:

—En el nombre de Dios que lo mesmo cura cuando el hombre está sano que cuando está enfelmo, que lo mesmo ayúa cuando el hombre está vivo que cuando está muelto, santíguote helmano, pa que no llegue jasta tí la muelte.

El enfermo no se movió, pero el santigüero estaba tranquilo. La primera santiguada de un santigüero detiene la muerte que ronda el bohío del jíbaro. La santiguada le baja del cielo al santigüero, para que libre las almas en la tierra de toda apretura mortal. Es un exorcicio probado contra los zarpazos que le tira la muerte a todo aquel que camine por un camino sin acordarse que los males le salen al hombre de debajo de la planta del pie. La yagua vieja florece de nuevo, la tierra baldía puede dar unos tronchos si el jíbaro le apuntala su paciencia, pero no hay jíbaro que no muera si le falla la santiguada del santigüero.

El santigüero del barrio Juan Martín tenía el labio roído por el rezo y el trasluz de un pétalo de clavellina. Había llevado su santiguada hasta la misma raya del milagro. Se llamaba Gume Pacheco. Era un viejo flaco, de ojos color pepita de lechosa, encanijado por el ayuno. La muerte respetaba aquel hombre que nunca le había alzado la saya a ninguna mujer propia ni prestada y que le pedía permiso a la quebrada para tomar un buche de agua. ¡Dichoso barrio, el barrio de Juan Martín, encaramado en una cuesta que sube del río en una aspiración torcida hacia el altozano de un abra de tarantalas, al que hubo de tocarle en suerte el más benéfico santigüero de Puerto Rico!

Gume Pacheco miró profundamente el motoncito de hombre que le habían traído desde la cuesta. El santigüero había visto casi todos los males de la tierra subiendo por las jaldas de su bohío solitario; conocía las anemias que van desgüesando al peón hasta que cae con los ojos en blanco; conocía las calenturas que van abrasando al playero hasta que cae baldado por la cintura; conocía las toses que van despulmonando al arrabalero hasta que cae sobre un charco de sangre. Los dedos benditos de un santigüero pueden adivinar donde se aposa la enfermedad que tiene que extraer del cuerpo. Pero aquella vez los dedos del santigüero no acertaban a palpar la dolencia que devoraba el cuerpo de su paciente. El pecho respiraba con el fragor de un combatiente, el estómago había botado hasta los gusarapos que le cosquilleaban el buche, la cintura tenía brío, sin ninguna anilla de muerte, pero el jíbaro se moría. ¿Dónde podría estar el mal que minaba aquella pobre vida estirada en su catre de curandero?

Mal que no era del pecho, del estómago o de la cintura por fuerza tenía que ser un mal de la voluntad. La santiguada tendría que ir más allá de la primera tela humana, para tantear la entretela última donde un jíbaro guarda su voluntad. Aquel enfermo lo que tenía era que había perdido la gana de vivir. La primera santiguada le había detenido la muerte, pero ahora lo que había que hacer era recalentar, en un alma arruchada la gana de vivir. Gume Pacheco sabía la lucha cruenta que tenía un santigüero que sostener para sacar un alma de su aplatanamiento; se santiguó de nuevo y le dio su segunda santiguada al inerme:

—En el nombre de Dios que lo mesmo cura cuando el hombre está sano que cuando está enfelmo, que lo mesmo ayúa cuando el hombre está vivo que cuando está muelto, santíguote helmano, pa que güelva a tí la gana de vivil que es la que trae la salú.

Bajo la segunda santiguada, el jíbaro hizo una morisqueta horrible, pero tuvo que lanzar un estertor de vida. Gume Pacheco huroneaba por entre aquella alma con una corajuda punción, espiando con ojos atroces la pugna del hombrecito por librarse de su exorcicio. El santigüero sabía que al menor descuido de su brazo moriría aquella vida a él confiada. En estos momentos el brazo del santigüero tiene que luchar con una santa ferocidad, si no quiere que por el caminito apañado que tienen nuestros enterraderos camine una caja en el hombro de sus compadres.

¿Por qué aquel motoncito de hombre no quería vivir? La vida es un dulce en palito que lambe el jíbaro golosamente aunque tenga la paja vieja, el pantalón en siete y la mujer encinta. El enfermo era lo suficiente joven para que el milagrista nó luchara por salvarlo; se acercó a la oreja del enfermo e hizo que su voz llegara hasta esa cajita misteriosa que tiene cada jíbaro en el pecho para recoger la voz de la amistad:

—Oyeme, enfelmo, ties que vivil pa tu mujer, pa tus sijos y pa tu bohío que necesitan de tí y ties amigos que agora te lloran afuera. No se pue uno moril asina, sin pensal en lo que deja.

Las cejas del enfermo crujieron de ira para rechazar el regaño. Bohío, ni mujer, ni muchachitos le arrancaron un solo pesar a aquella cara que tenía puesta su gana en el morir. Las cruces mágicas de la santiguada cayeron al suelo con el desperezo de las cejas. El



santigüero se puso torvo ante aquella hurañía blasfema de su paciente:

—En el nombre de Dios que lo mesmo cura cuando el hombre está sano que cuando está enfelmo, que lo mesmo ayúa cuando el hombre está vivo que cuando está muelto, santíguote helmano, y te mando arrojal el mal de la voluntá, pa que sigas viviendo con los tuyos, jasta que llegues a viejo.

El jíbaro se retorció como un garrocho bajo la admonición espejeante de la mano. Un sudor cáustico le goteaba de la frente. Había una palabra de rabia pendiendo en la boca fruncida, una furia de muerte en el cuerpo estirado. Era extraño aquel mal que se comía un hombre a pedazos, sin ninguna hinchazón en la tela ni espuma en la boca. El santigüero espiaba a su enfermo con una mirada tan hosca que el moribundo no se atrevía a botar el alma por la boca. ¿Estaría alucinado el montoncito de hombre por uno de esos espejismos de paz que a veces alucinan a un jíbaro para enfriarle la gana de vivir? Gume Pacheco se persignó rápidamente y puso una última cruz en la cabeza del enfermo:

—En el nombre de Dios que lo mesmo cura cuando el hombre está sano que cuando está enfelmo, que lo mesmo ayúa cuando el hombre está vivo que cuando está muelto, santíguote helmano, pa que no te ofusque la alusinación del moril.

Aquel beneficio le arrancó la primera sonrisa al enfermo. El jibaraco no hubiera sido capaz de desacreditar a un santigüero que le había hecho tanto bien al altozano de Juan Martín. Gume Pacheco lanzó un suspiro desesperado. Sentía que los dedos se le iban encogiendo, que no podría luchar mucho más de lo que ya había luchado con aquella alma terca, que sólo estaba en la tierra prendida por los tres broches de su santiguada. El enfermo parecía adivinar la confusión dolorosa que había en los dedos gastados de Gume Pacheco. Un remordimiento penoso descosió un poco los ojos del moribundo; miró al santigüero con ojos de súplica, como si le pidiera perdón por su ansia tozuda de arrojarse cuanto antes en brazos de la muerte. La obstinación insondable del enfermo venció en el corazón blando de Gume Pacheco. Tal vez el curandero no tuviera obligación mística de salvar un cuerpo cuya alma había decidido largarse hasta una paz más alta que la paz de un altozano de tarantalas. Le echó una gota de espelma caliente en cada ojo y rompio una mucilga de sábila para hacerle una cruz en la frente. Con este óleo rústico un jíbaro entra en el cielo sin que lo molesten con preguntas en la antesala de los pecadores.

Ya con permiso para morir, se serenaron un poco las cejas lampiñosas del moridor. Una calma cuadrada, inefable, iba amortajando el alma del agónico, en espera del grito que lanza la coruja desde una guasimilla o de la pisada que en el rancho del compadre se siente, para avisar que ha muerto un amigo de la casa. Gume Pacheco sabía que aquella muerte sería una muerte de paz, sin estridencias ni revulsiones, una muerte en brazos de santigüero, con el pecho claro, el estómago fácil y la cintura floja. ¡No hay jíbaro que no muera si le falla la santiguada del santigüero! Gume Pacheco comprendió que se acercaba el momento en que el obstinado reci-



biría el premio de su obstinación, que pronto aquella alma volaría sobre todas las yaguas humildes que la habían cobijado. Ahora la misión del santigüero era tan simple, que bastaba con un rezo de su labio, para encaramar en el cielo el alma a él confiada. Pero en aquella muerte había un secreto que no dejaba colgar el rezo en el labio del santigüero ¿Por qué aquel hombre moría sin importarle nada su bohío, ni su mujer, ni sus muchachitos? Gume Pacheco esperó hasta el momento mismo, en que el alma del moridor empezó a romper las costuras que la sujetaban al cuerpo humano. Se acercó a la oreja del moribundo e hizo que su voz llegara hasta esa cajita misteriosa que tiene cada jíbaro en el pecho para recoger la voz de la amistad:

—Oyeme, moridol, no te mueras sin desilme que enfelmedá es la tuya, que un hombre quie moril sin que lo arresusite ni la pena de sus gentes, ni la santiguá que devuelve la salú.

Temblaron las espelmas que habían cerrado aquellos ojos para que pudieran llegar hasta la muerte. El alma estaba sujeta únicamente por la última costura, cuando interrumpió el desgarrón final la súplica del viejo. El agónico lanzó un gemido que hizo retroceder espantado al santigüero. ¿Tendría él derecho a recoger aquel secre-

to de un hombre, que ya había ganado la calma cuadrada que gana el que está para morir? ¿Es qué su obligación llegaba hasta el límite escalofriante de arrancar a un hombre casi muerto el secreto por el cual moría sin un solo pesar en la conciencia? ¿Habría decidido Dios que en el altozano de Juan Martín hubiera una muerte contra la cual no pudiera nada la santiguada de un santigüero? El temor de que murieran otros sin que los dedos de Gume Pacheco pudieran prenderle en el pecho tres lazos amarillos, venció el escrúpulo del santigüero:

—Oyeme, moridol, quean otros en el barrio que puen moril sin que yo sepa como devolvel-les la salú. Yo estoy viejito y mis deos están ya gastaos. ¿No quies ayual al santigüero viejo a cural a los amigos que agora lloran tu muelte?

Una congoja generosa movió los labios del agónico, buscando un vago pedazo de palabra en la boca sellada por la muerte. Gume Pacheco acercó su oreja inexorable al aliento del muriente, con los dedos curvados para detener a la muerte que forcejeaba por llevarle el secreto del comatoso. El jíbaro sólo pudo musitar una palabra antes de que la coruja llegara a la rama más débil de una guasimilla. El santigüero cayó desvanecido sobre el cuerpo del jíbaro, sin sentir la pisada medrosa del muerto crujiendo en el soberao de su rancho. Pero la oyeron los amigos del que acababa de morir; llegaron con el habla en reguerete, a perturbar el pavor de Gume Pacheco:

—¡Siño, se acaba de moril un amigo en este barrio!

—Lo he sentío, siño, andando a mi lao.

—Yo oíde un grito de coruja en la guasimilla de este batey.

El santigüero les mostró al amarilleante sin proferir una sola palabra. La mucilga de sábila le fulgía en la frente como un lagrimón de altozano, como una lágrima violeta que se hubiera adelantado al luto de todos los compadres. Los altureños se quitaron las pavas en silencio, cortados por ese frío que se cuela por una guásima más alta que la guasimilla:

—No paresía como pa morilse, siño. ¿Tenía alguna enfelmedá?, —preguntó un amigo con voz de susto.

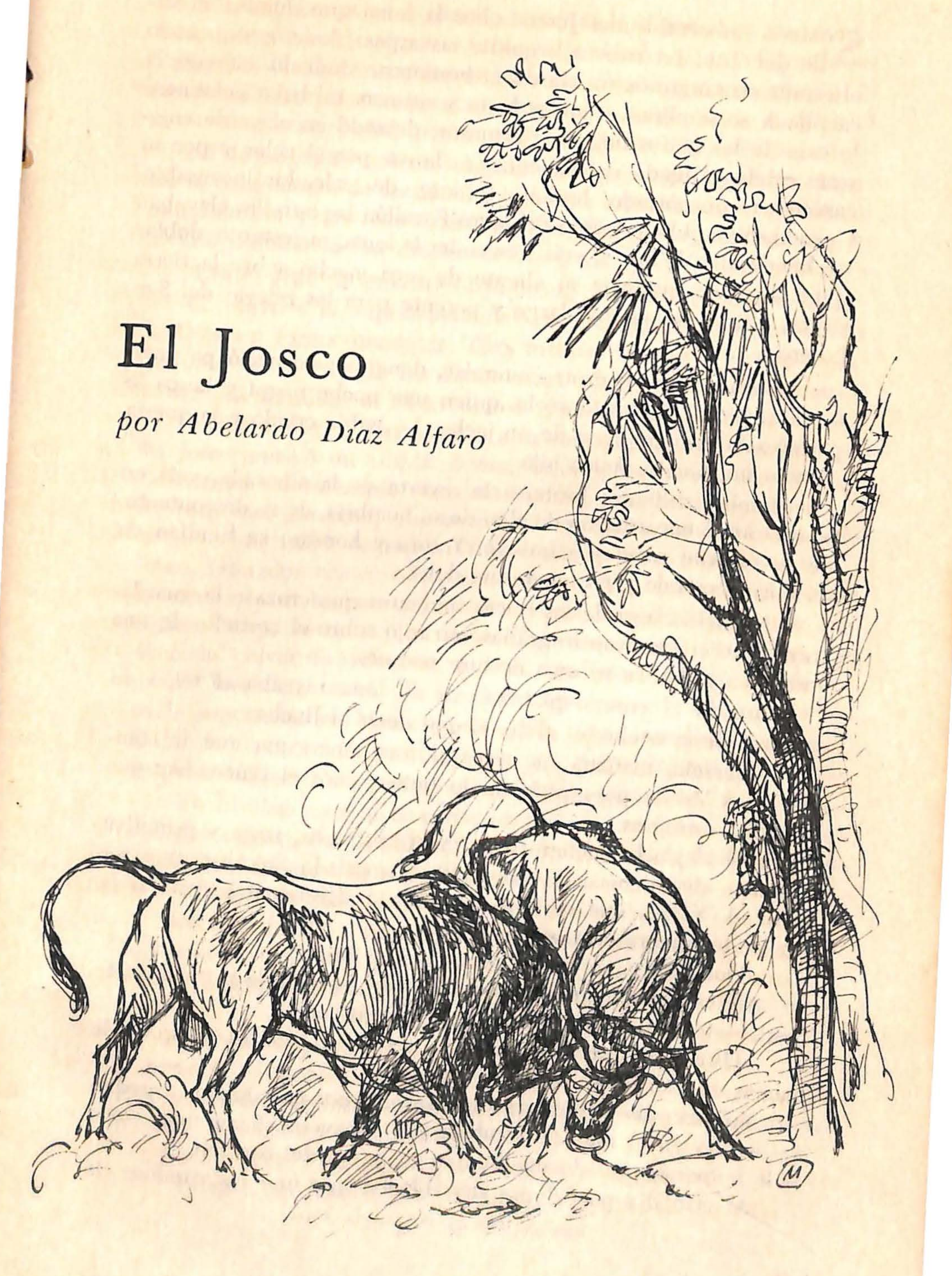
—Lo único que tenía era unos gusarapos en el buche cuando yo lo vide. Ha muelto de una enfelmedá nueva en el barrio contra la cual no pue na la santiguá de un santigüero.

—¿De qué murió, siño?

—De hambre, —contestó el santigüero, echándole una sabanilla por la cara al amarillado.

# El Josco

*por Abelardo Díaz Alfaro*



SOMBRA imborrable del Josco sobre la loma que domina el valle del Toa. La cabeza erguida, las aspas filosas estoqueando el capote en sangre de un atardecer luminoso. Aindiado, moreno, la carrillada en sombras, el andar lento y rítmico. La baba gelatinosa le caía de los belfos negros y gomosos, dejando en el verde enjoyado estela plateada de caracol. Era hosco por el color y por su carácter reconcentrado, huraño, fobioso, de peleador incansable. Cuando sobre el lomo negro del cerro Farallón las estrellas clavaban sus banderillas de luz, lo veía descender la loma, majestuoso, doblar la recia cerviz, resoplar su aliento de toro macho sobre la tierra virgen y tirar un mugido largo y potente para las rejoyas del San Lorenzo.

—Toro macho, padrote como ése, denguno; no nació pa yugo — me decía el jincho Marcelo, quien una noche negra y hosca le parteó a la luz temblona de un jacho. Lo había criado y lo quería como a un hijo. Su único hijo.

Hombre solitario, hecho a la reyerta de la alborada, veía en aquel toro la encarnación de algo de su hombría, de su descontento, de su espíritu recio y primitivo. Y toro y hombre se fundían en un mismo paisaje y en un mismo dolor.

No había toro de las fincas lindantes que cruzase la guardarraya, que el Josco no le grabase en rojo sobre el costado, de una cornada certera, su rúbrica de toro padrote.

Cuando el cuerno plateado de la luna rasgaba el telón en sombras de la noche, oí al tío Leopo decir al Jincho:

—Marcelo, mañana me traes el toro americano que le compré a los Velilla para padrote; lo quiero para el cruce; hay que mejorar la crianza.

Y ví al Jincho luchar en su mente estrecha, recia y primitiva con una idea demasiado sangrante, demasiado dolorosa para ser realidad. Y tras una corta pausa musitó débilmente; como si la voz se le quebrase en suspiros:

—Don Leopo, ¿y qué jacemos con el Josco?

—Pues lo enyugaremos para arrastre de caña; la zafra se mete fuerte este año, y ese toro es duro y resistente.

—Usté dispense, don Leopo, pero ese toro es padrote de nación, es alebrestao, no sirve pa yugo.

Y descendió la escalera de caracol y por la enlunada veredita se hundió en el mar de sombras del cañaveral. Sangrante, como si le hubieran clavado un estoque en mitad del corazón.

Al otro día por el portalón blanco que une los caminos de

las fincas lindantes, ví al Jincho traer atado a una soga un enorme toro blanco. Los cuernos cortos, la poderosa testa mapeada en sepia. La dilatada y espaciosa naríz taladrada por una argolla de hierro. El Jincho venía como empujado, lentamente, como con ganas de nunca llegar, por la veredita de los guayabales.

Y de súbito se oyó un mugido potente y agudo por las mayas de la colindancia de los Cocos, que hizo retumbar las rejoyas del San Lorenzo y los riscos del Farallón. Un relámpago cárdeno de alegría iluminó la faz macilenta del Jincho.

Era el grito de guerra del Josco, el reto para jugarse en puñales de cuernos la supremacía del padronazgo. Empezó a mover la testa en forma pendular. Tiró furiosas cornadas al suelo, trayéndose en el filo de las astas tierra y pasto. Alucinado, lanzó cabezadas frontales al aire, como luchando con una sombra.

El Jincho en la loma, junto a la casa, aguantó al toro blanco. El Josco ensayó un tranco ligero, hasta penetrar en la veredita. Se detuvo un momento. Remolineó ágil y comenzó a estoquear los pequeños guayabos que bordean la veredita. La testa coronada se le enguirnaldó de ramas, flores silvestres y bejucales. Venía lento, taimado, con un bramar repetido y monótono. Alargaba la cabeza, y el bramar culminaba en un mugido largo y de clarinada. Raspó la tierra con las bifurcadas pezuñas hasta levantar al cielo polvaredas de oro. Avanzó un poco. Luego quedó inmóvil, hierático, tenso. En los belfos negros y gomosos la baba se le espumaba en burbujas de plata. Así permaneció un rato. Dobló la cerviz, el hocico pegado al ras del suelo, resoplando violentamente, como husmeando una huella misteriosa.

En la vieja casona la gente se fue asomando al balcón. Los agregados salían de sus bohíos. Los chiquillos de vientres abultados perforaban el aire con sus chillidos:

—El Josco pelea con el americano de los Velilla.

En el redondel de los cerros circunvecinos las voces se hicieron ecos.

Los chiquillos azuzaban al Josco. —Dale, Josco, que tú le puees.

El Josco seguía avanzando, la cabeza baja, el andar lento y grave. Y el Jincho no pudo contenerse y soltó el toro blanco. Este se cuadró receloso, empezó a escarbar la tierra con las anchas pezuñas y lanzó un bronco mugido.

Jey... Jey... Oiseee... Josco —gritaba la peonada.

—Palante, mi Josco— vibró el Jincho.

Y se oyó el seco y violento chocar de las cornamentas. Acreció el grito ensordecedor de la peonada. –Dale, jey... Josco.

Las cabezas pegadas, los ojos negros y refulgantes inyectados de sangre, los belfos dilatados, las pezuñas firmemente adheridas a la tierra, las patas traseras abiertas, los rabos leoninos erguidos, la trabazón rebullente de los músculos ondulando sobre las carnes macizas.

Colisión de fuerzas que por lo potentes se inmovilizaban. Ninguno cejaba; parecían como estampados en la fiesta de colores del paisaje.

La baba se espesaba. Los belfos ardorosos resonaban como fuelles.

Separaron súbitamente las cornamentas y empezaron a tirarse corneadas ladeadas, tratando de herirse en las frentes. Los cuernos sonaban como repiquetear de castañuelas. Y volvieron a unir las testas florecidas de puñales.

Un agregado exclamó: –El blanco es más grande y tiene más arrobas.

Y el Jincho con rabia le ripostó: –Pero el Josco tiene más maña y más cría.

El toro blanco, haciendo un supremo esfuerzo, se retiró un poco y avanzó egregio, imprimiéndole a la escultura imponente de su cuerpo toda la fuerza de sus arrobas. Y se vió al Josco recular arrollado por aquella avalancha incontenible.

–Aguante mi Josco– gritaba desesperado el Jincho. –No juya; usté eh de raza.

El Josco hincaba las patas traseras en la tierra buscando un apoyo para resistir, pero el blanco lo arrastraba. Dobló los corvejones tratando de detener el empuje, se irguió nuevamente y "rebuleó" rápido hacia atrás amortiguando la embestida del blanco.

–Lo ve; es más grande– añadió con pena un agregado.

–Pero no juye– le escupió el Jincho.

Y las patas traseras del Josco toparon con una eminencia en el terreno, la cual le sirvió de sostén. Afirmado, sesgó a un lado, zafando el cuerpo a la embestida del blanco, que se perdió en el vacío. A éste faltó el equilibrio, y el Josco, aprovechándose del desbalance del contrario, volteó rápido y le asestó una cornada certera, trazándole en rojo sobre el albo costado una grieta de sangre. El blanco lanzó un bufido quejumbroso, huyendo despavorido entre la algarabía jubilosa del peonaje. El Jincho vibrante de emoción gritaba a voz en cuello:

—Toro jaiba, toro mañoso, toro de cría.

Y el Josco alargó el cuerpo estilizado, levantó la testa triunfal, las astas filosas doradas de sol, apuñaleando el mantón azul de un cielo sin nubes.

El blanco siempre se quedó de padrote. Orondo se paseaba por el cercao de las vacas.

Al Josco trataron de uncirlo al yugo con un buey viejo para que lo amaestrara, pero se revolvió violento poniendo en peligro la vida del peonaje. Andaba mohino, huraño, y se le escuchaba bramar quejoso, como agobiado por una pena inconmensurable.

Tranqueaba hacia el cercao de los bueyes de arrastres, de cogotes pelados y de pastar apacible. Levantando la cabeza sobre la alambrada, dejaba escapar un triste mugido. Se veía buey rabisero, buey soroco, buey manco, buey toruno, buey castrao.

Aquel atarceder lo contemplé al trasluz de un crepúsculo tinto en sangre de toros, sobre la loma verdeante que domina el valle del Toa. No tenía la arrogancia de antes, no levantaba al cielo airosamente la testa coronada; lo veía desfalleciente, como estrujado por una inmensa congoja. Babeó un rato, alargó la cabeza y suspendió un débil mugido, descendió la loma y su sombra se fundió en el misterio de una noche sin estrellas.

A eso de la medianoche me pareció escuchar un mugir dolorido. El sueño se hizo sobre mis párpados.

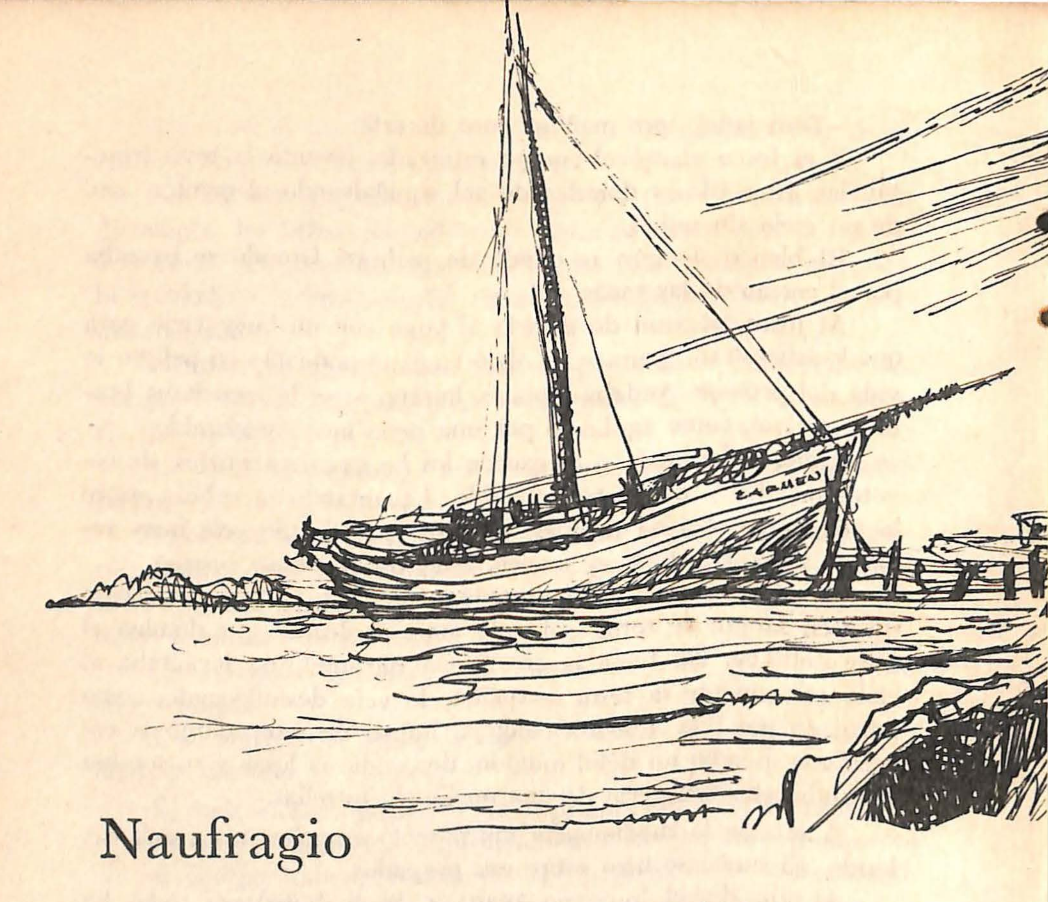
Al otro día el Josco no aparecía. Se le buscó por todas las lindancias. No podía haberse pasado a las otras fincas, porque no había boquetes en los mayales, ni en las alambradas de las guardarrayas. El Jincho iba y venía desesperado. El tío Leopo apuntó:

—Tal vez se fué por el camino del Farallón a las malojillas del río.— El Jincho hacia allí se encaminó. Regresó decepcionado. Luego se dirigió hacia una rejoya entre árboles en la colindancia de los Cocos, donde el Josco solía sestear. Lo vimos levantar las manos y con la voz transida de angustia gritó:

—Don Leopo, aquí está el Josco.— Corrimos presurosos hacia donde el Jincho estaba, la cabeza baja, los ojos turbios de lágrimas. Señaló hacia un declive entre raíces, bejucales y flores silvestres. Y vimos al Josco inerte, las patas traseras abiertas y rígidas; la cabeza sepultada bajo el peso del cuerpo musculoso.

Y el Jincho con la voz temblorosa y llena de reconvenciones exclamó:

—Mi pobre Josco, se esnucó de rabia. Don Leopo, se lo dije. Ese toro era padrote de nación; no nació pa yugo.



# Naufragio

PEDRO era pescador como su homónimo el apóstol de las llaves. Conocía palmo a palmo todo el litoral norte, desde Cabezas de San Juan a Punta Jigüero. También había pescado algunas temporadas en Sabanitas y Algarrobo, cerca de Mayagüez, y por los alrededores de Cayo Santiago, frente a Naguabo y Humacao. Pero a la banda sur de la isla, de los Morillos de Cabo Rojo hasta Mala Pascua, le tenía caprichosa ojeriza. Sentía arbitrario desdén por el Caribe al que llamaba un mar *"jipato, jincho"*; y, a quien le preguntara qué era eso de mar jincho y jipato, contestaba rotundo, sorprendido por tamaña ignorancia, con este inapelable diagnóstico: –"Pues enfermo del hígado, mijito".

Era un hombre como tallado a hachazos, pero con maestría, en una sola pieza de ausubo. Recio, varonil, curtido y tostado hasta parecer mulato, siendo blanco. De pelo bronceado con reflejos rojizos, estatura mediana, agradables facciones; y sin edad calculable, pues lo mismo podía tener, por su apariencia, treinta y nueve que cincuenta y siete años.



*por Tomás Blanco*

Para trabajar andaba descalzo, con pantalón de dril azul muy usado, y húmedo de salitre, pero pulcro y decente, más una blanca camiseta de punto con mangas hasta el codo, faja negra de lana, boina vasca y amplio pañuelo de color al cuello. Para tierra adentro, se calzaba, cambiaba el pantalón por otro igual, pero nuevo, planchado, almidonado; sustituía la faja por cinturón de cuero, la camiseta por camisa de algodón abierta en la garganta, y descartaba el pañuelo y la boina. En raras ocasiones sacaba a relucir una chaqueta de holanda y un sombrero de paja alón y flexible.

Seminómada, su acostumbrado habitáculo eran las marismas que se extienden desde la desembocadura del Loíza hasta la boca del Toa, con las playas más cercanas a la Capital por centro de gravedad. Pero a la ciudad de San Juan y a sus extensos barrios urbanizados nunca entraba sino por necesidad u obligación.

Tenía muchos conocidos, unos cuantos amigos, tres o cuatro compadres y ninguna familia. Había sido casado hacía ya tiempo; pero su mujer murió del primer parto, dejándole una hija: Carmen

la llamó; pues la Virgen de esta advocación era patrona de la gente de mar, como él, como su padre y su abuelo. Porque Pedro, sin haber perdido nunca de vista las costas de la isla, se sentía más navegante y marino que simple pescador. A la hija, muy joven todavía, se la enamoraron y, previo casorio—"con todas las de la ley y según Dios manda" —se la llevaron a Massachusetts, donde el marido emigrado se desempeñaba trabajando en una fábrica, a la vista del mar. Cuando menos—pensaba Pedro—su hija expatriada viviría con el ruido de los marullos en el oído, como un recuerdo continuo de su padre, al otro lado de la mar. Era un consuelo. Porque él no se había resignado a la separación sino como una segunda viudez, acaso más dolorosa que la primera.

Carmen no hizo más que instalarse allá, cuando empezó a tratar de conquistarlo para que se fuera a vivir junto a ellos. Y, la vecindad del mar era una de las carnadas que la hija le ponía al padre en el anzuelo. Pero no tuvo tiempo de convencerle—como al fin y a la postre, ocurría siempre que se lo proponía—pues, durante el primer invierno, sucumbió víctima de una pulmonía doble. Y, Pedro, que por entonces cortejaba una mujer, con la muerte de la hija y por complicadas razones psicológicas de su modo de ser, renunció a segundas nupcias y se hizo a la idea de no volver a casarse. Así, andaba "campeando por sus respetos" —como decía él— solo con su yolita, sin parientes ni arrimos. La yolita era embarcación muy marinera, entre yola y esquife que, aunque se reparaba y repintaba con frecuencia, cambiando de colores y aparejos, siempre llevaba en letras rojas el mismo nombre: LA CARMEN.

El oficio lo aprendió del abuelo y del padre. El primero había sido alumno de náutica en las clases establecidas a mediados del siglo pasado por la Junta Provincial de Fomento, y llegó a ser patrón de una goleta dedicada al cabotaje. El segundo fue pescador profesional toda la vida.

La pesca no tenía secretos para Pedro, pues al socaire de las peripecias de su vida, había practicado todos los tipos y modos de pescar. En los esteros ingeniaba "corrales", laberínticas palizadas de mangle y púas de bambú, para atrapar los peces que se mueven al son de las mareas. Tenía nasas que, lastradas en el fondo de las pozas, junto a los arrecifes, con una mondada hoja de tuna dentro, capturaban pargos, chernas, muniamas. Con atarraya y el agua a la cintura, diezmaba en un santiamén el cardumen de sardinas que se le ponía a tiro. El chinchorro lo usaba especialmente para corvinas, sables, corcovados y jureles. La sierra y otros peces mayores, como

la picuda, había que pescarlos "corriendo la sirga" a toda vela, arrastrando sedal y anzuelo a flor de agua. Otros, como el exquisito y bien pagado colorado, tenían que buscarse a muchas brazas de profundidad, sembrando larguísimos cordeles, una punta fondeada con potala, el otro cabo amarrado a una boya, y provistos de más de un centenar de hijuelas o ramales, cordones de unos tres pies de largo, donde se fijaban los anzuelos cebados con sardinas. En varias ocasiones se había asociado con otro dueño de lancha, fabricando entre ambos una buena jábega o red barredera; y, ayudados por una cuadrilla de aprendices para halar el copo desde la playa, arrastraban a tierra, entre las mayas, innumerable variedad de pescado. Conocía al dedillo las radas y caletas, los bajos y rehoyas por donde abundaba el pulular de peces. Su experiencia incluía hasta la pesca de la tortuga con señuelo de madera, y la nocturna caza de langostas entre rocas, a la luz de una tea o "jacho" de tabonuco. Y, por no dejar, aun la "pesca boba", con caña, en perdidos ratos de espera.

Todas sus pescas tenían un propósito profesional digno y serio: proveer de sano, nutritivo, barato y sabroso alimento a la gente de tierra, y ganarse él la vida por ese honroso arbitrio. Para ello escogía siempre el procedimiento más adecuado a cada caso, con máxima economía de tiempo, medios, sudores y peligros. Sólo perseguía y mataba, sin provecho directo, algunos peces peligrosos– "fieras dañinas, enemigas del hombre" –como el cazón, como el tiburón y su hembra, la tintorera. Los que sin hacer daño mayor, no le servían ni para carnadas, cuidaba de devolverlos al mar antes que se asfixiaran: –"¡Largo de aquí, gandules!".

Su alimentación consuetudinaria era, casi exclusivamente, mariscos y pescados, salvo algunos tubérculos como la yuca y la yautía. Y, por postre, frutas nativas o un funche de maiz con melado de caña y queso de la tierra.

Aparte de ser cumplido pescador, Pedro era hombre honrado, juicioso y sereno, con disimulado fondo de ruda bondad, tolerancia y comprensión para con todo el mundo. Sólo perdía la paciencia ante lo que él llamaba "vicios sin projimidad". Concepto ético, éste, que abarcaba todo lo detestable, lo malo sin atenuantes, desde el asesinato hasta el desperdicio o estropeo, sin causa ni razón– "por puro chiste" –de cualquier cosa que pudiera ser útil o tuviera belleza. Los vicios comunes y corrientes, la afición desmedida al juego, a las mujeres, al alcohol, hasta la vagancia habitual, eran cosas comprensibles; totalmente perdonables si no causaban grave perjuicio

de terceros. Más o menos vagamente, así lo entendía él.

Se consideraba afortunado porque sus propios vicios eran "*peccata minuta*". Fumaba su poco. Cuando tenía con qué, le gustaba encender un tabaco de marca. Guardaba siempre una botella de buen ron para cuando "había motivo". Por temporadas, los motivos abundaban; pero otras, escaseaban. Si el "tumbo en la cayería" era demasiado fuerte y se prolongaba varios días, impidiendo la pesca, se entretenía jugando al dominó, apostando hasta vellones y pesetas. Jamás usaba de "malas palabras" sin tener buenas razones para ello; y aun entonces les desfiguraba la pronunciación, por recato. En su juventud había sido bastante mujeriego. —"Cada cual era según Dios, o el diablo, lo había hecho. Pero vicios sin projimidad; ¡eso no! ¡Arrenuncio!"

* * *

Un atardecer, en Vacíatalegas, trajinaba Pedro por la playa remendando unas redes, cuando llegó por el camino vecinal de la orilla un flamante automóvil. Dentro, un hombre y dos mujeres que se apearon a curiosear. Eran norteamericanos. El vestía una suelta chamarreta de colorines y calzón corto, con las piernas, como langostas, al aire. Una de las mujeres usaba pantalones negros y blusa rosada. La otra llevaba un traje color crema con cinturón de cuero desmesuradamente ancho. Todos portaban cámaras fotográficas. Turistas, desde luego.

Pedro, con pasiva aquiescencia, se dejó retratar— "Allá ellos, con sus manías" —sin dejar su trabajo y sin mirarles más que de reojo. Pero pronto se acercaron y trabaron conversación. La del traje crema hablaba español bien, con cierta gracia. Los otros apenas chapurreaban algunas palabras ayudadas de señas. En claro, sacó que, a su modo, también eran pescadores. —"Bueno, pues si eran del gremio, aunque fuesen turistas, había que portarse cortés" —A lo mejor era gente de estudios, de esos "expertos" que dicen que el Gobierno trae para estudiar la situación. "Expertos", peritos, en pescado. Por eso decían que eran pescadores. Sin meterse en más honduras, asi se explicó que aves tan raras y de pluma tan rica presumieran de pescadores, sin pinta ninguna de eso. —"Todo tendría su cuenta y razón".

La cuestión es que, tras volverlos a encontrar en el mismo sitio, llegaron a trabar cierta "conocencia" o amistad. Amistad, con la del traje crema porque desde un principio le cayó simpática. Con los otros, "conocencia y gracias".

Y, éste fue el principio de un recíproco mal entendido con la

dama del amplio cinturón gris que había de causar a Pedro una perturbación anímica de marca mayor, honda y oscura.

* * *

Dorothy Lattimer era una mujer de treinta años, algo aniñada, guapa, ágil, esbelta; con temperamento artístico y aficionada a la aventura. Y libre. De posición muy desahogada, aun en Nueva York, donde había nacido y siempre residió. Además de unas rentas aseguradas por su padre al morir, lograba pingües ganancias en su profesión. A fuerza de talento, capacidad, gusto y dedicación, había conseguido en su ciudad natal alcanzar distinción, nombre y respeto como diseñadora en dura competencia con millares de hombres y mujeres. Casi por obligación cultivaba los deportes—la pesca, en especial—como medida higiénica para contrarrestar la vida sedentaria y nocturna, de estudio y oficina, de teatros, museos y cafés, que llevaba habitualmente. A más de graciosa y elegante, era inteligente y fina de espíritu. Descendiente de franceses, ingleses, escoceses e irlandeses, se mostraba por un lado liberal, aventurera y caprichosa; y por otro, reservada, pensativa y muy arraigada a ese gran sentido práctico que se le atribuye—quizás falsamente—a los naturales de Estados Unidos en general, pero del que rara vez carecen por completo las mujeres de cualquier país.

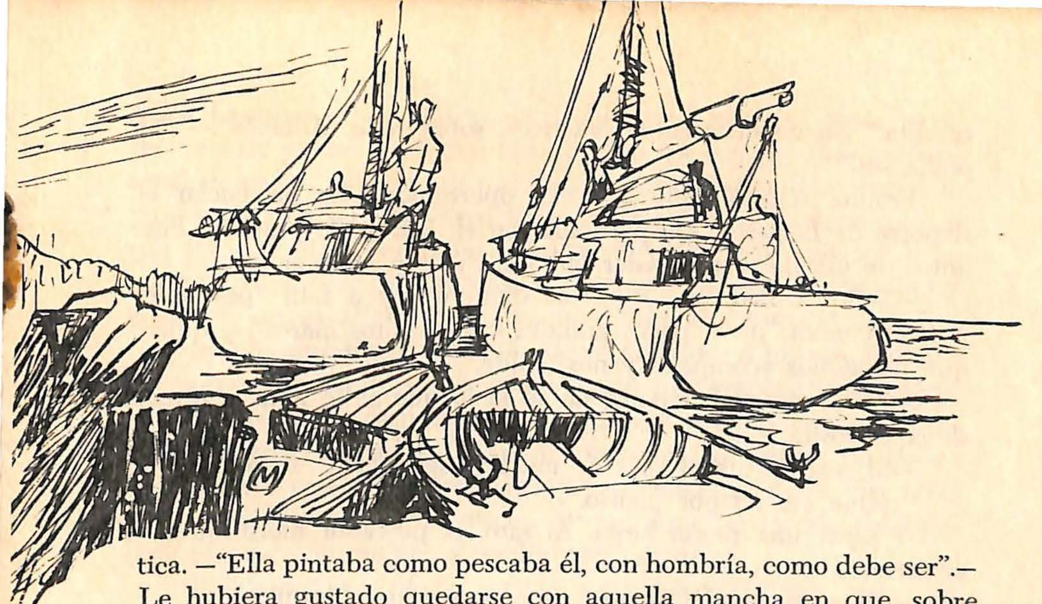
Aquel invierno había decidido pasarse unas vacaciones al sol, en Puerto Rico. Así volvería a practicar diariamente su español. Antes ya había estado en Cuba y México, y tenía en cartera una larga visita al Perú. Por de pronto, nuestra isla le despertó curiosidad por haber oído de ella muy contradictorias opiniones. Quizás también aquí, como le sucedió en México, el exótico ambiente estimularía sus facultades creadoras infundiendo nuevo vigor y originalidad a sus diseños.

Realmente, en cuanto llegó se sintió bastante defraudada. El clima era agradable. El paisaje tenía aspectos sumamente encantadores. Pero en todo lo demás, no ofrecía la isla al turista de su clase y calidad nada verdaderamente inusitado y atractivo. Nada que no hubiese encontrado más floreciente, más genuino, mejor o más barato en muchos otros sitios de la América Hispana. Ni siquiera la idea de refrescar su español pudo llevarla a cabo, pues se encontraba presa en una especie de extraterritorialidad incrustada en el país, donde todo el mundo se empeñaba en hablarle en inglés—un inglés no siempre comprensible. En seguida, procuró zafarse cuanto pudo de la rutina mimética y fenicia del ambiente



hotelero y los círculos turísticos. Y, para escapar, ideó lanzarse por su cuenta a visitar sitios poco frecuentados y trabar conocimiento con los naturales del país menos contaminados de metropolitanismo. En sus primeros pasos por estos vericuetos le acompañaba a veces un matrimonio conocido de antiguo, que ya encontró instalado en su mismo hotel cuando llegó a la isla. Y de este modo fue que descubrió a Pedro una tarde de enero en Vacíatalegas.

Pedró, solo y pausado, entre redes que se dibujaban sugerentes sobre la arena, frente a un fondo marino de cambiantes colores, bajo el cielo crespuscular, le sedujo como una estampa iluminada, muy de su gusto. Después, en el modo de comportarse el pescador, en su manera de hablar, halló cierto atractivo. Tenía fibra, carácter, colorido, entereza. Decidió cultivarle. Dando de lado al matrimonio amigo, acompañaba a Pedro con frecuencia en su faenas piscatorias, durante horas, en el mar y en la playa; casi siempre silenciosa, observadora, tomando apuntes al carbón, fijando aspectos y detalles por medio de la fotografía. A ratos, de pronto, se le soltaba a ambos la lengua en diálogos ingenuos, lentos. Luego, en el hotel, recogía impresiones y apuntes, elaborándolos a la acuarela o al pastel, con estilizaciones o abstracciones poéticas, llenas de imaginativas sutilezas. No siempre reconocía Pedro el asunto o el tema cuando ella le mostraba sus trabajos, pero nunca dejaron de producirle curiosa satisfacción. Alguna que otra muestra logró herirle cuerdas sensibles de su difusa percepción esté-



tica. —"Ella pintaba como pescaba él, con hombría, como debe ser".— Le hubiera gustado quedarse con aquella mancha en que, sobre un fondo de sólidos oros y añiles se destacaba la plata derretida de los peces, colándose por mayas de azabache hilado. Nunca se atrevió pedirla.

Pedro tuvo que vencer—es cierto—mucha repugnancia natural a tratarse tan íntimamente con mujer desconocida, rica, forastera, —"¡Una turista yanqui!"— Pero esta mujer a más de simpática y a todos luces buena, complaciente, casi obediente, le traía un vago recuerdo de su difunta hija: y hasta creyó notar que en algo se parecía además, un poco a su mujer y a su madre. Todas bien formadas, esbeltas de ojos claros y pelo negro. Todas bonachonas, observadoras y muy hembras, pero no muy parlanchinas. Coincidían también en muchos ademanes. Un día, dejó de sentirse cohibido en su presencia y, —"sin faltar al debido respeto"— empezó a tratarla con entera confianza. Ella le había tratado así desde el principio.

También pescaba ella. — "Una mujer. ¡Cosa rara!" — Así se lo había dicho en cuanto le conoció. Pescaba por deporte, le aclaró luego. Pero esto no lo entendió del todo. El sabía lo que eran los deportes. En su opinión, juegos para muchachos como el de la pelota. Pero la pesca no era un juego. Y menos para señoritas ricas y sabihondas. En fin, ya se sabía que en Estados Unidos había cosas tergiversadas, nunca vistas. Insensiblemente, se le filtró una viva curiosidad por saber a ciencia cierta lo que era eso de pescar por deporte. Y, para qué servía. Porque, pescar de verdad, aquella muchacha no podía hacerlo. Aunque no le faltaba resistencia y destreza y era buen marino, en muchas otras cosas "estaba

crudita." En conocimientos prácticos, sobre todo. Además, —"¡No podía ser!"

Pronto se le ofreció a Pedro oportunidad de presenciar el deporte de la pesca. De participar en él. Ella se lo propuso. Pero antes de claudicar y acceder hubo sus más y sus menos:

—Señor Pedro, uno de estos días yo voy a salir "pescando" por mi cuenta "para" peces grandes en "los altos mares"; y quiero que usted nos acompañe y nos ayude.

—Yo de eso del deporte no sé ni lo que se le unta al queso, doña Dorosita.

—Sí, seguro, usted será de mucha "utilización" a nosotros.

—¡Qué va! Ni por pienso.

Y aquí, una pausa larga. Al rato, el pescador mordisqueó el anzuelo:

—Dígame, eso del deporte; ¿no es cosa de chiquillos?

—¡Qué va! Ni por pienso.

Pedro se echó a reír; y, por de pronto, no hubo más.

Dorothy volvió sobre el tema otro día tratando de conquistarle. En eso también se parecía a su hija. —"Siempre había de salirse con la suya. Y, siempre con artimañas". —Se dio cuenta de que acabaría yendo a ver lo que era aquello exactamente. Y tras varias escaramuzas, de las que salía cada vez más ablandado, así fue.

Primero tuvo que acudir a un gran hotel, algo mareante por su barroca ostentación, su modernismo carente de sobriedad y por lo fatigoso de sus combinaciones de colores y materiales diversos y la quebradura inesperada y sin propósito aparente de sus líneas rectas. Amén del gentío y el bulle-bulle. Aquí le esperaba Dorothy. Salieron juntos hacia el Club Náutico, donde se reunieron con otros pescadores espúreos, vestidos con una algarabía de trajes en que, lo único común a todos era que quedaban hombres y mujeres más que medio desnudos. Les aguardaba allí un yate de motor, con todo lo imaginable dentro. Pero aún tuvieron que esperar a que embarcaran una balumba de equipo, aparejos, trebejos y tereques. Más bebidas y comestibles sin cuento. Y las sempiternas cámaras fotográficas. Había cañas, anzuelos y cordeles de todos calibres y diversas clases. Las cañas eran aparatos complicados con ingeniosos resortes y aditamentos accesorios cuya necesidad no se comprendía. Todas eran barnizadas, brillantes, relucientes, pulidas; y hasta con adornos de metales preciosos. Algunas acoplaban sus secciones, entrando unas dentro de otras, hasta reducirse a nada. Unas parecían látigos de circo, otras eran

como bastones o antiguas varas de alcaldes. Ninguna tenía vitola de caña de pescar. —"Y después de todo, ¿a son de qué tanto arsenal de cañas, cuando eso es lo único de que se puede prescindir para pescar en serio?"— Pero lo que más le llamó la atención fueron las carnadas. No había una sardina. Ni pez verdadero de ninguna clase. En cambio dentro de unos baulitos que se desgajaban en bateas al abrirse, había un sinfín de peces de aluminio, de pasta, de qué-sé-yo, imitando los verdaderos en formas, tamaños y colores innumerables. Los había hasta fosforescentes, que dejarían en las aguas oscuras y profundas un rastro luminoso. Tales eran las únicas carnadas. En total: añagazas fantasiosas, sin mayor ni mejor uso que cualquier "cuchara" de hojalata. Tanto lujo tenía que costar cien veces, mil veces, lo que aquel grupo de chiflados pudiera pescar en un año y medio y tres cuartos.

Y, salieron mar afuera por la boca del Morro. Lo que pasó durante las inacabables horas en alta mar, Pedro no quería ni recordarlo. No respiró a sus anchas hasta no ver de nuevo, cerca, el castillo del Morro; cuyas nobles proporciones que en su género, alcanzan la grandeza arquitectónica de las antiguas catedrales, le sirvieron de sedante.

En quella clase de pesca—de algún modo había que llamarla— todo se hacía con gran despilfarro y desperdicio. Había muchos inventos y embelecos para la comodidad de los pescadores— "pescanadas" eso eran—pero nadie estaba cómodo, al contrario, parecían esmerarse en estar lo más incómodo posible. Y, lo que se empeñaban en pescar era lo que costara más trabajo y más riesgo. De exprofeso se afanaban en traer a bordo lo que menos pudiera remediar el hambre o satisfacer el paladar a nadie. Todo de acuerdo con ciertas reglas difíciles y absurdas. Cuanto más fatigosa era la lucha y más cruel y prolongado el "tira y jala" del hombre con el pez, mejor, y más contentos todos. Una vez cobrada y muerta la pieza, a menos que fuese enorme o con aletas como velas o muy pintarrajeada, nadie la quería para nada y no le hacían más caso. Varios, entre los más celebrados, eran peces de carne venenosa —"pejes que comían cobre"— y, hasta los distinguidos por su gran tamaño o rara apariencia, eran abandonados en cuanto los pesaban y medían y fotografiaban, en medio de comentarios y alborotos. Y, para eso, se había derrochado un dineral. Era como si la pesca se abochornara de costar poco y pretendiera competir en gastos —"sin ton ni son, por mero chiste"— con una central azucarera.

Pedro, al principio intentó dar algún que otro consejo basado en su experiencia. Pronto comprendió que lo que hacía aquella gente no tenía nada que ver con la ciencia y el arte de un buen pescador. Y acoquinado, se refugió en la proa, mirando al horizonte y pensando con pesadumbre en su amistad con Dorothy. Por primera vez en su vida sintió náuseas en el mar. Tuvo que indignarse para no vomitar. Indignarse, con todo, inclusive con Dorothy y con él mismo. Se sintió insultado. Aquello era una burla de su oficio, un viceversa sin sentido. No tenía pies ni cabeza. No tenía nombre. ¡No tenía perdón de Dios!

En cuanto atracaron, saltó a tierra como huído, casi sin despedirse, atrapando, al pasar por frente al bar del club un pedazo de hielo que, alternativamente chupaba y se pasaba por las sienes.

* * *

Para no volver a encontrarse con Dorothy, Pedro desapareció de Vacíatalegas. Pero unos días más tarde se le vio en Loíza-Aldea, camino de la antigua y agrietada parroquia. Podríamos decir que iba en busca de "los Doctores de la Iglesia", para una consulta inaplazable. Una duda le carcomía por dentro, le comejeneaba en la cabeza, le roía el corazón —"Sería capáz de cambiarme el hombre, ¡manífica! ¡Arrenuncio!"

No encontró al cura, pero habló con el sacristán, hombre entendido en historia sagrada; y con la santera, versada en vidas de bienaventurados. Su tocayo San Pedro, era ahora portero del cielo. En este mundo había sido apóstol, fue papa. El primer papa, según había oído decir. Y, teniendo esos oficios tan altos, era también pescador. De ahí su horrible duda: —¿Pescador de verdad o por deporte?

Sólo un tanto más tranquilo por el favorable resultado de la consulta, se alejó gesticulando y hablando a voz en cuello:

Deporte de lo que les dé la real gana. Pero no de pesca. Eso no es pesca. Es un vicio. ¡Carascho! ¡Carascho! ¡Un vicio sin projimidad!

Y repitió entonces, una y otra vez la palabrota enfática, como pedrada; ahora sin disimulos de pronunciación desfigurada; con jota castellana, gutural, como el restallar de un foetazo.

Unas buenas comadres que se le cruzaban, se pararon en seco sorprendidas. Increíble eso en Pedro. Luego se lo explicaron. Debía tener calentura. Malaria, paludismo. El pobre Pedro, ¡ay bendito! Un hombre tan hombre, tan él. Y, ¡tan solo! —¿Por qué no se casaría?



# En el fondo del caño hay un negrito

*por José Luis González*

La primera vez que el negrito Macarín vió al otro negrito en el fondo del caño fue temprano en la mañana del tercer o cuarto día después de la mudanza, cuando llegó gateando hasta la única puerta de la nueva vivienda y se asomó y miró hacia la quieta superficie del agua allá abajo.

Entonces el padre, que acababa de despertar sobre el montón de sacos vacíos extendidos en el piso, junto a la mujer semidesnuda que aún dormía, le gritó:

—¡Mire... eche p'adentro! ¡Diantre 'e muchacho desinquieto!

Y Macarín, que no había aprendido a entender las palabras

pero sí a obedecer a los gritos, gateó otra vez hacia adentro y se quedó silencioso en un rincón, chupándose un dedito porque tenía hambre.

El hombre se incorporó sobre los codos. Miró a la mujer que dormía a su lado y la sacudió flojamente por un brazo. La mujer despertó sobresaltada, mirando al hombre con ojos de susto. El hombre se rió. Todas las mañanas era igual; la mujer despertaba con aquella cara de susto que a él le provocaba una gracia sin maldad. La primera vez que él le vio aquella cara de susto a la mujer no fue en un despertar, sino la noche que se acostaron juntos por primera vez. Quizá por eso a él le provocaba gracia verla salir así del sueño todas las mañanas.

El hombre se sentó sobre los sacos vacíos.

—Bueno— se dirigió entonces a ella—. Cuela el café.

La mujer tardó un poco en contestar:

—No queda.

—¿Ah?

—No queda. Se acabó ayer.

El casi empezó a decir: "¿Y por qué no compraste más?", pero se interrumpió cuando vio que la mujer empezaba a poner aquella otra cara, la cara que a él no le hacía gracia y que ella sólo ponía cuando él le hacía preguntas como esa. La primera vez que él le vio aquella cara a la mujer fue la noche que regresó a la casa borracho y deseoso de ella y se le fue encima pero la borrachera no le dejó hacer nada. Quizá por eso a él no le gustaba verle aquella cara a la mujer.

—¿Conque se acabó ayer?

—Ajá.

La mujer se puso de pie y empezó a meterse el vestido por la cabeza. El hombre, sentado todavía sobre los sacos vacíos, derrotó su mirada y la fijó por un rato en los agujeros de su camiseta.

Macarín, cansado ya de la insipidez del dedo, se dedicó a llorar. El hombre lo miró y preguntó a la mujer:

—¿Tampoco hay ná pal nene?

—Sí... Conseguí unas hojitah 'e guanábana. Le gua'cer un guarapillo 'horita.

—Cuántos días va que no toma leche?

—¿Leche?— la mujer puso un poco de asombro inconsciente en la voz—. Desde antier.

El hombre se paró y se puso los pantalones. Después se allegó

a la puerta y miró hacia afuera. Le dijo a la mujer:

—La marea 'ta alta. Hoy hay que dir en bote.

Luego miró hacia arriba, hacia el puente y la carretera. Automóviles, guaguas y camiones pasaban en un desfile interminable. El hombre sonrió viendo cómo desde casi todos los vehículos alguien miraba con extrañeza hacia la casucha enclavada en medio de aquel brazo de mar: el "caño" sobre cuyas márgenes pantanosas había ido creciendo hacía años el arrabal. Ese alguien por lo general empezaba a mirar la casucha cuando el automóvil, o la guagua o el camión llegaba a la mitad del puente, y después seguía mirando, volteando gradualmente la cabeza hasta que el automóvil, o la guagua o el camión, tomaba la curva allá adelante. El hombre sonrió. Y después murmuró:

—¡Pendejos!

A poco se metió en el bote y remó hasta la orilla. De la popa del bote a la puerta de la casa había una soga larga que permitía a quien quedara en la casa atraer nuevamente el bote hasta la puerta. De la casa a la orilla había también un puentecito de madera, que se cubría con la marea alta.

Ya en la orilla, el hombre caminó hacia la carretera. Se sintió mejor cuando el ruido de los automóviles ahogó el llanto del negrito en la casucha.

## II

La segunda vez que el negrito Macarín vio al otro negrito en el fondo del caño fue poco después del mediodía, cuando volvió a gatear hasta la puerta y se asomó y miró hacia abajo. Esta vez el negrito en el fondo del caño le regaló una sonrisa a Macarín. Macarín había sonreído primero y tomó la sonrisa del otro negrito como una respuesta a la suya. Entonces hizo así con la manita, y desde el fondo del caño el otro negrito también hizo así con su manita. Macarín no pudo reprimir la risa, y le pareció que también desde allá abajo llegaba el sonido de otra risa. La madre lo llamó entonces porque el segundo guarapillo de hojas de guanábana ya estaba listo.

* * *

Dos mujeres, de las afortunadas que vivían en tierra firme, sobre el fango endurecido de las márgenes del caño, comentaban:

—Hay que velo. Si me lo 'bieran contao, 'biera dicho que'ra embuste.

—La necesidá, doña. A mi misma, quién me 'biera dicho que yo diba llegar aquí. Yo que tenía hasta mi tierrita...

—Pueh nojotroh fuimoh de los primeroh. Casi no había gente y uno cogía la parte mah sequecita, ¿ve? Pero los que llegan ahora, fíjese, tienen que tirarse al agua, como quien dice. Pero, bueno, y... esa gente, ¿de onde diantre habrán salío?

—A mí me dijeron que por aí por Isla Verde 'tan orbanisando y han sacao un montón de negros arrimaoh. A lo mejor son d'esoh.

—¡Bendito...! ¿Y usté se ha fijao en el negrito qué mono? La mujer vino ayer a ver si no tenía unas hojitah de algo pa hacerle un guarapillo, y lo le di unas poquitah de guanábana que me quedaban.

—¡Ay, Virgen, bendito...!

* * *

Al atardecer, el hombre estaba cansado. Le dolía la espalda. Pero venía palpando las monedas en el fondo del bolsillo, haciéndolas tintinear, adivinando con el tacto cuál era un vellón, cuál de diez, cuál una peseta. Bueno... hoy había habido suerte. El blanco que pasó por el muelle a recoger su mercancía de Nueva York. Y el obrero que le prestó su carretón toda la tarde porque tuvo que salir corriendo a buscar la comadrona para su mujer que estaba echando un pobre más al mundo. Sí señor. Se va tirando. Mañana será otro día.

Se metió en un colmado y compró café y arroz y habichuelas y unas latitas de leche evaporada. Pensó en Macarín y apresuró el paso. Se había venido a pie desde San Juan por no gastar el vellón de la guagua.

## III

La tercera vez que el negrito Macarín vio al otro negrito en el fondo del caño fue al atardecer, poco antes de que el padre regresara. Esta vez Macarín venía sonriendo antes de asomarse y le sorprendió que el otro también se estuviera sonriendo allá abajo. Volvió a hacer así con la manita y el otro volvió a contestar. Entonces Macarín sintió un súbito entusiasmo y un amor indecible hacia el otro negrito. Y se fué a buscarlo.

# La muerte obligatoria

*por Emilio Díaz Valcárcel*



ESTA mañana recibimos a tío Segundo. Lo esperamos cuatro horas, en medio de la gente que entraba y salía por montones, sentados en uno de los banquitos del aeropuerto. La gente nos miraba y decía cosas y yo pensaba cómo sería eso de montarse en un aeroplano y dejar detrás el barrio, los compañeros de escuela, mamá lamentándose de los malos tiempos y de los cafetines que no dejan dormir a nadie. Y después vivir hablando otras palabras, lejos del río donde uno se baña todas las tardes. Eso lo estaba pensando esta mañana,

muerto de sueño porque nos habíamos levantado a las cinco. Llegaron unos aviones y tío Segundo no se veía por ningún sitio. Mamá decía que no había cambiado nada, que seguía siendo el mismo Segundo de siempre, llegando tarde a los sitios, a los trabajos, enredado a lo mejor con la policía. Que a lo mejor había formado un lío allá en el Norte y lo habían arrestado, que no había pagado la tienda y estaba en corte. Eso lo decía mamá mirando a todos lados, preguntándole a la gente, maldiciendo cada vez que le pisaban las chancletas nuevas.

Yo no había conocido nunca a tío Segundo. Decían que era mi misma cara y que de tener yo bigote hubiéramos sido como mandados a hacer. Eso lo discutían los grandes el domingo por la tarde cuando tía Altagracia venía de San Juan con su cartera llena de olores y bombones y nos hacía pedirle la bendición y después hablaba con mamá lo estirado que yo estaba y lo flaco y que si yo iba a la doctrina y si estudiaba, después de lo cual casi peleaban porque tía Altagracia decía que yo era Segundo puro y pinto. A mamá no le gustaba primero, pero después decía que sí, que efectivamente yo era el otro Segundo en carne y hueso, sólo que sin bigote. Pero una cosa, saltaba mi tía, que no saliera yo a él en lo del carácter endemoniado, que una vez le había rajado la espalda al que le gritó gacho y había capado al perro que le desgarró el pantalón de visitar a sus mujeres. Y mamá decía que sí, que yo no sería como su hermano en lo del genio volado y que más bien yo parecía una mosquita muerta por lo flaco y escondido que andaba siempre. Y después mamá me mandaba a buscar un vellón de cigarrillos o a ordeñar la cabra para que no oyera cuando empezaba a hablar de papá, de las noches en que no dormía esperándolo mientras él jugaba dominó en lo de Eufrasio, y mi tía se ponía colorada y decía que bien merecido se lo tenía y que bastante se lo advirtieron y le dijeron no seas loca ese hombre no sale de las cantinas no seas loca mira a ver lo que haces.

Eso era todos los domingos, el único día que tía Altagracia venía de San Juan y se metía a este barrio que ella dice que odia porque la gente es impropia. Pero hoy es martes y ella vino a ver a abuela y a esperar a su hermano, porque a él le escribieron que abuela estaba en las últimas y él dijo está bien si es así voy pero para irme rápido. Y le estuvimos esperando cuatro horas sentados en el banquito del aeropuerto muertos de sueño entre la gente que nos miraba y hablaba cosas.

Ni mamá ni tía Altagracia reconocieron al hombre que se acercó vestido de blanco y muy planchado y gordo, que les echó el brazo y casi las exprime a las dos al mismo tiempo. A mí me jaló las patillas y se me quedó mirando un rato, después me cargó y me dijo que yo era un macho hecho y derecho y que si tenía novia. Mamá dijo que yo les había salido un poco enfermo y que por lo que yo había demostrado a estas alturas sería andando el tiempo más bien una mosquita muerta, como quien dice, que otra cosa. Tía Altagracia dijo que se fijaran bien, que se fijaran, que de tener yo bigote sería el doble en miniatura de mi tío.

En el camino tío Segundo habló de sus negocios en el Norte. Mi madre y mi tía estuvieron de acuerdo en ir alguna vez por allá, que aquí el sol pone viejo a uno, que el trabajo, el calor, las pocas oportunidades de mejorar la vida... Así llegamos a casa sin yo darme cuenta. Me despertó tío Segundo jalándome por una oreja y preguntándome si veía a Dios y diciéndome espabílate que de los amotetados no se ha escrito nada.

Tío Segundo encontró a abuela un poco jincha pero no tan mal como le habían dicho. Le puso la mano en el pecho y le dijo que respirara, que avanzara y respirara, y no faltó nada para virar la cama y tirar a abuela al piso. Le dio una palmadita en la cara y después alegó que la vieja estaba bien y que él había venido desde tan lejos y que había dejado su negocio solo y que era la única, óiganlo bien, la única oportunidad ahora. Porque después de todo él vino a un entierro, y no a otra cosa. Mi madre y mi tía abrieron la boca a gritar y dijeron que era verdad que él no había cambiado nada. Pero mi tío decía que la vieja estaba bien, que la miraran, y que qué diría la gente si él no podía volver del Norte la próxima vez para el entierro. Y lo dijo bien claro: tenía que suceder en los tres días que él iba a pasar en el barrio o si no tendrían que devolverle el dinero gastado en el pasaje. Mi mamá y mi tía tenían las manos en la cabeza gritando bárbaro tú no eres más que un bárbaro hereje. Tío Segundo tenía el cuello hinchado, se puso a hablar cosas que yo no entendía y le cogió las medidas a abuela. La midió con las cuartas de arriba abajo y a lo ancho. Abuela sonreía y se veía que quería hablarle. Tío hizo una mueca y se fue donde Santo el carpintero y le encargó una caja de la mejor madera que tuviera, que su familia no era barata. Hablaron un rato del precio y después tío se fue donde sus cuatro mujeres del barrio, le dio seis reales a cada una y cargó con ellas para casa. Prendieron unas

velas y metieron a abuela en la caja donde quedaba como bailando, de flaca que estaba. Mi tío protestó y dijo que aquella caja era muy ancha, que Santo la había hecho así para cobrarle más caro y que él no daría más de tres cincuenta. Abuela seguía riéndose allí, dentro de la caja, y movía los labios como queriendo decir algo. Las mujeres de tío no habían comenzado a llorar cuando dos de sus perros empezaron a pelear debajo de la caja. Tío Segundo estaba furioso y les dio patadas hasta que chorreaban, y se fueron con el rabo entre las patas, chillando. Tío movió entonces una mano hacia arriba y hacia abajo y las mujeres empezaron a llorar y dar gritos. Tío las pellizcaba para que hicieran más ruido. Mamá estaba tirada en el piso del cuarto, aullando como los mismos perros; tía Altagracia la abanicaba y le echaba alcoholado. Papá estaba allí, acostado a su lado, diciendo que esas cosas pasan y que la verdad era que la culpa la tenían ellas, que de no haberle dicho nada al cuñado nada hubiera sucedido.

Con los gritos, la gente fue arrimándose al velorio. A papá no le gustó que fuera Eufrasio porque se pasaba cobrándole con la vista. Llegaron Serafín y Evaristo, los guares, y tiraron un vellón a cara o cruz a ver quién comenzaba a dirigir el rosario. Llegó Chalí con sus ocho hijos y se puso a espulgarlos en el piso murmurando sus oraciones. Las hermanas Cané entraron por la cocina mirando la alacena y abanicándose con un periódico y diciéndose cosas en los oídos. Los perros peleaban en el patio. Cañón se acercó a mamá y le dijo que la felicitaba que esas cosas, pues, tienen que pasar y que Diostodopoderoso se las arreglaría para buscarle un rinconcito en su trono a la pobre vieja. Tía Altagracia decía que en San Juan el velorio hubiera sido más propio y no en este maldito barrio que por desgracia tiene que visitar. Tío Segundo le decía a abuela que cerrara la maldita boca, que no se riera, que aquello no era ningún chiste sino un velorio donde ella, aunque no lo pareciera, era lo más importante.

Mamá se levantó y sacó a abuela de la caja. Cargaba con ella para el cuarto cuando mi tío, borracho y hablando cosas malas, agarró a abuela por la cabeza y empezó a jalarla hacia la caja. Mamá la jalaba por los tobillos y entonces entraron los perros y se pusieron a ladrar. Tío Segundo les tiró una patada. Los perros se fueron pero mi tío se fue de lado y cayó al suelo con mamá y abuela. Papá se ñangotó y le dijo a mamá que parecía mentira, que a su hermano hay que complacerlo después de tantos años afuera. Pero mamá no cejaba y entonces tío empezó a pa-

talear y tía Altagracia dijo lo ven, no ha cambiado nada este muchacho.

Pero siempre mi tío se salió con la suya. Cañón estaba tirado en una esquina llorando. Las hermanas Cané se acercaron a mi abuela y dijeron qué bonita se ve la vieja todavía sonriendo como en vida, qué bonita, eh.

Yo me sentía como encogido. Mi tío era un hombre alto y fuerte y yo, lo dijo mamá, según ando ahora, no seré más que una mosquita muerta para toda la vida. Yo quisiera ser fuerte, como mi tío, y pegarle al que se metiera en el medio. Me sentía chiquito cuando mi tío me miraba y se ponía a decir que yo no me le parecía aunque tuviera bigote, que ya le habían engañado tantas veces y qué era eso. Y terminó diciéndome que yo había salido a mi padre escupío y que no se podría esperar gran cosa de mi amontonamiento.

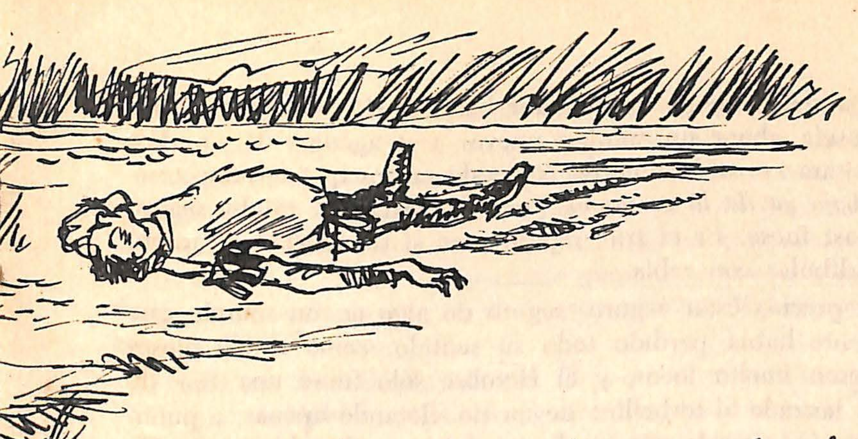
Cañón se puso a hablar con Rosita Cané y al rato se metieron en la cocina como quien no quiere la cosa. La otra Cané se abanicaba con el periódico y miraba envidiosa a la cocina y también miraba a Eufrasio de quien se dice que compró a los padres de Melina con una nevera. Melina se había ido a parir a otro sitio y desde entonces Eufrasio no hace sino beber y pelear con los clientes. Pero ahora Eufrasio estaba calmadito y miraba también a la Cané y le hacía señas. Se le acercó con una botella y le ofreció un trago y ella dijo qué horror cómo se atreve pero después se escondió detrás de la cortina y si Eufrasio no le quita la botella no hubiera dejado una gota.

El velorio estaba prendido y los guares seguían guiando el rosario, mirando el cuarto donde tía Altagracia estaba acostada.

Yo estaba casi dormido cuando me despertó la paliza que tío Segundo le dio a Cañón. Mi tío salió gritando que qué desorden era ése que se largaran si no quería coger cada uno su parte. Rosita Cané estaba llorando. Mi tío cogió la maleta y dijo que al fin de cuentas estaba satisfecho porque había venido al velorio de su madre y que ya no tenía qué hacer por todo aquello. Salió diciendo que no le importaba haber gastado en pasaje ni en la caja ni en las lloronas, que miraran a ver si en todo el barrio había un hijo tan sacrificado. Ahí está la caja, dijo, para el que le toque el turno. Y salió casi corriendo.

Cuando me acerqué a la caja y miré a abuela, ya no estaba riendo. Pero noté un brillito que le salía de los ojos y mojaba sus labios apretados.





# Tres hombres junto al río

*por René Marqués*

*Mataréis al Dios del Miedo, y sólo entonces seréis libres.*

PROFECÍA DE BAYOÁN

Vio la hormiga titubear un instante y al fin subir decidida por el lóbulo y desaparecer luego en el oído del hombre. Como si hubiesen percibido el alerta de un fotuto, para él inaudible, las otras emprendieron la misma ruta, sin vacilar siquiera, invadiendo la oreja de un color tan absurdamente pálido.

Observaba en cuclillas, como un cacique en su dujo, inmóvil, con la misma inexpresividad de un cemí que hubiesen tallado en tronco de guayacán en vez de labrado en piedra. Seguía sin pestañar la invasión de los insectos en la oreja del hombre. No experimentaba ansiedad, ni alegría, ni odio. Observaba, sencillamente. Un fenómeno ajeno a él, fatal, inexorable.

El crepúsculo teñía de achiote el azul del cielo sobre aquel claro junto al río. Pero las sombras empezaban a alongarse en el bosque cercano. Toda voz humana callaba ante el misterio. Sólo las higuacas en la espesura ponían una nota discordante en el monótono areyto del coquí.

Alzó la vista y vió a sus dos compañeros. En cuclillas también, inmóviles como él, observando al hombre cuya piel tenía ese color absurdo del casabe. Pensó que la espera había sido larga. Dos veces el sol se había alzado sobre la Tierra del Altivo Señor y otras tantas la había abandonado. Sintió una gran gratitud hacia ellos. No por el valor demostrado. Ni siquiera por la paciencia en la espera, sino por compartir su fe en el acto sacrílego.

Tenía sed, pero no quiso mirar hacia el río. El rumor de las aguas poseía ahora un sentido nuevo: voz agónica de un dios que musitara cosas de muerte. No pudo menos que estremecerse. *El frío baja ya de la montaña.* Pero en verdad no estaba seguro de que así fuese. *Es el frío,* repitió para sí tercamente. Y apretó sus mandíbulas con rabia.

Era preciso estar seguro, seguro de algo en un mundo que súbitamente había perdido todo su sentido, como si los dioses se hubiesen vuelto locos, y el Hombre sólo fuese una flor de majagua lanzada al torbellino de un río, flotando apenas, a punto de naufragio, girando, sin rumbo ni destino, sobre las aguas. No como antes, cuando había un orden en las cosas de la tierra y de los dioses. Un orden cíclico para los hombres: la paz del yucayeke y el ardor de la guasábara, la bendición de Yuquiyú y la furia de Jurakán, la vida siempre buena y la muerte mala siempre. Y un orden inmutable para los dioses: vida eternamente invisible en lo alto de la Montaña. Todo en el universo había tenido un sentido, pues aquello que no lo tenía era obra de los dioses y había en ello una sabiduría que no discutían los hombres, pues los hombres no son dioses y su única responsabilidad es vivir la vida buena, en plena libertad. Y defenderla contra los caribes, que son parte del orden cíclico, la parte que procede de las tinieblas. Pero nunca las tinieblas prevalecieron. Porque la vida libre es la luz. Y la luz ha de poner en fuga a las tinieblas. Desde siempre. Desde que del mar surgiera la Gran Montaña. Pero ocurrió la catástrofe. Y los dioses vinieron a habitar entre los hombres. Y la tierra tuvo un nombre, nuevo nombre: Infierno.

Desvió la vista de sus dos compañeros y dejó escurrir su mirada sobre el cuerpo tendido junto al río. Su ojos se detuvieron en el vientre. Estaba horriblemente hinchado. La presión había desgarrado las ropas y un trozo de piel quedaba al descubierto. Pensó que aquella carne era tan blanca como la pulpa del guamá. Pero la imagen le produjo una sensación de náusea. Como si hubiese inhalado la primera bocanada de humo sagrado en el ritual embriagante de la cohoba. Y, sin embargo, no podía apartar los ojos de aquella protuberancia que tenía la forma mística de la Gran Montaña. Y a la luz crepuscular, le pareció que el vientre crecía ante sus ojos. Monstruosamente creciendo, amenazador, ocupando el claro junto al río, invadiendo la espesura, creciendo siempre, extendiéndose por la tierra, destruyendo, aplastando,

arrollando los valles, absorbiendo dentro de sí los más altos picos, extinguiendo implacable y para siempre la vida... ¿La vida?

Cerró los ojos bruscamente. *No creo en su poder. No creo.* Volvió a mirar. Ya el mundo había recobrado su justa perspectiva. El vientre hinchado era otra vez sólo eso. Sintió un gran alivio y pudo sonreir. Pero no lo hizo. No permitió que a su rostro se asomara el mínimo reflejo de lo que en su interior pasaba. Había aprendido con los dioses nuevos.

Ellos sonreían cuando odiaban: Tras de su amistad se agazapaba la muerte. Hablaban del amor y esclavizaban al hombre. Tenían una religión de caridad y perdón, y flagelaban las espaldas de aquellos que deseaban servirles libremente. Decían llevar en sí la humildad del niño misterioso nacido en un pesebre, y pisoteaban con furiosa soberbia los rostros de los vencidos. Eran tan feroces como los caribes. Excepto quizás por el hecho de no comer carne de hombre. Eran dioses, sin embargo. Lo eran por su aspecto, distinto a todo lo por el hombre conocido. Y por el trueno que encerraban sus fotutos negros. Eran dioses. *Mis amigos son dioses,* había dicho Agüeybana el Viejo.

Sintió sobre sí la mirada de los otros, y alzó sus ojos hacia ellos. Se miraron en silencio. Creyó que iban a decir algo, a sugerir quizás que abandonaran la espera.. Pero en los rostros amigos no pudo discernir inquietud o impaciencia. Sus miradas eran firmes, tranquilizadoras. Casi como si fuesen ellos los que trataran de infundirle ánimo. Otra vez tuvo deseos de sonreir. Pero su rostro permaneció duro como una piedra.

Alzó la cabeza para mirar a lo alto. Las nubes tenían ahora el color de la tierra. Más arriba, no obstante, había reflejos amarillos. Y era justo que así fuese, porque ése era el color del metal que adoraban los dioses nuevos. Y allá, en lo alto invisible llamado Cielo, donde habitaba el dios supremo de los extraños seres, todo sin duda, sería amarillo. Raro, inexplicable dios supremo, que se hizo hombre, y habitó entre los hombres, y por éstos fue sacrificado.

*—¿Pero era hombre? ¿Hombre de carne y hueso, como nosotros?— sorprendió con su pregunta al consejero blanco de nagua parda, y cabeza monda como fruto de higüero.*

*—Sí, hijo mío. Hombre.*

*—¿Y lo mataron?*

*—Sí, lo mataron.*

*—¿Y murió de verdad? ¿Como muere un hombre?*

*—Como muere un hombre. Pero al tercer día había resucitado.*

*—¿Resucitado?*

*—Se levantó de entre los muertos. Volvió a la vida.*

*—¿Al tercer día?*

*—Resucitado.*

*—Y si a ustedes los matan, ¿volverán a estar vivos al tercer día?*

*—Sólo resucitaremos para ser juzgados.*

*—¿Juzgados?*

*—En el juicio del Dios Padre.*

*—¿Y cuándo será ese día?*

*—Cuando no exista el mundo.*

*—¿Tardará mucho?*

*—¿Mucho? Quizás. Cientos, miles de años.*

*Y el dios de nagua parda había sonreído. Y posando la mano derecha sobre su hombro desnudo, le empezó a hablar de cosas aún más extrañas con voz que sonaba agridulce, como la jagua.*

*—Tú también, hijo mío, si vivieras en la fe de Cristo, vivirías eternamente...*

*El oía la voz, pero ya no percibía las palabras. Ciertamente no tenía interés en vivir la eternidad bajo el yugo de los dioses nuevos. Agüeybana el Viejo había muerto. Le sucedía ahora Agüeybana el Bravo. Eran otros tiempos. Y si la magia de los dioses blancos no tenía el poder de volverlos a la vida hasta el fin del mundo...*

*La idea surgió súbita como un fogonazo lanzado por Jurakán. Su ser, hasta las más hondas raíces, experimentó el aturdimiento. Casi cayó de bruces. Sintió un miedo espantoso de haberlo pensado. Pero simultáneamente surgió en él una sensación liberadora. Se puso en pie con ganas de reir y llorar. Y echó a correr dando alaridos. Atrás quedó la risa de los seres blancos. Y entre carcajadas oyó cómo*



*repetían las voces: ¡Loco! ¡Loco!*

Bajó la vista y observó la marcha implacable de las hormigas. Ya no subían por la ruta inicial del lóbulo.

Habían asaltado la oreja por todos los flancos y avanzaban en masa, atropelladamente, con una prisa desconcertante, como si en el interior del hombre se celebrase una gran guasábara.

*—Necesito una prueba, una prueba de lo que dices.*

*—Yo te traeré la prueba— dijo él a Agüeybana el Bravo.*

*Obtenerla era un riesgo demoniaco. Lo sabía. Pero había fe en su corazón. E insufló su fe segura en dos naborías rebeldes. Cruzaron los tres el bosque y se pusieron en acecho, dominando aquel paraje junto al río. Esperaron. Terminaba el día, cuando llegó a la orilla el hombre color de yuca. Intentó dos veces vadear el río. Podría creerse que no sabía nadar. O quizás sólo trataba de no echar a perder sus ropas nuevas. Miedo no sentiría. Era uno de los bravos. El lo sabía.*

*Hizo seña a los otros de que estuvieran listos. Y salió de la espesura. Saludó sonriendo. El podía conducir al dios blanco por un vado seguro. El otro, sin vacilar, le extendió la mano.*

*La mano color de yuca era fina como helecho. Y tibia como el casabe que se ha tostado al sol. La suya, en cambio, ardía como tea encendida de tabonuco. En el lugar previsto, dio un brutal tirón de la mano blanca. Aprovechando la momentánea pérdida de equilibrio, se abalanzó sobre el cuerpo. Y hundió sus dedos en el cuello fino, y sumergió la dorada cabeza en el agua que se rompió en burbujas. Los otros ya habían acudido en su ayuda.*



*Aquietaban tenazmente los convulsos movimientos, manteniendo todo el cuerpo bajo el agua. Y fluyó el tiempo. Y fluyó el río. Y el fluir de la brisa sorprendió la inmovilidad de tres cuerpos en el acto sacrílego.*

*Se miraron. Esperaban una manifestación de magia. No podían evitar el esperarlo. Surgiría de las aguas como un dios de la venganza.*

*Pero el dios no se movía. Lo sacaron de las aguas. Y tendieron sus despojos en un claro junto al río.*

*—Esperemos a que el sol muera y nazca por tres veces— dijo él.*

Esperaban en cuclillas. Se iniciaba el día tercero y la cosa nunca vista aún podía suceder.

Desde el río subió súbito un viento helado que agitó las yerbas junto al cuerpo. Y el hedor subió hasta ellos. Y los tres aspiraron aquel vaho repugnante con fruición, con deleite casi. Las miradas convergieron en un punto: el vientre hinchado.

Había crecido desmesuradamente. Por la tela desgarrada quedaba ya al desnudo todo el tope de piel tirante y lívida. Hipnotizados, no podían apartar sus ojos de aquella cosa monstruosa. Respiraban apenas. También la tierra contenía su aliento. Callaban las higuacas en el bosque. No se oían los coquíes. Allá abajo, el río enmudeció el rumor del agua. Y la brisa se detuvo para dar paso al silencio. Los tres hombres esperaban. De pronto, ocurrió, ocurrió ante sus ojos.

Fue un estampido de espanto. El vientre hinchado se abrió esparciendo por los aires toda la podredumbre que puede contener un hombre. El hedor era capaz de ahuyentar una centena. Pero ellos eran tres. Sólo tres. Y permanecieron quietos.

Hasta que él se puso en pie y dijo:

—No son dioses.

A una seña suya, los otros procedieron a colocar los despojos en una hamaca de algodón azul. Luego cada cual se echó un extremo de la hamaca al hombro. Inmóviles ya, esperaron sus órdenes.

Los miró un instante con ternura. Sonriendo al fin, dio la señal de partida.

*—Será libre mi pueblo. Será libre.*

No lo dijo. Lo pensó tan sólo. Y acercando sus labios al fotuto, echó al silencio de la noche el ronco sonido prolongado de su triunfo.

# Los Inocentes



*por Pedro Juan Soto*

*treparme frente al sol en aquella nube con las palomas sin caballos sin mujeres y no oler cuando queman los cacharros en el solar sin gente que me haga burla*

Desde la ventana, vistiendo el traje hecho y vendido para contener a un hombre que no era él, veía las palomas revolotear en el alero de enfrente.

*o con puertas y ventanas siempre abiertas tener alas*

Comenzaba a agitar las manos y a hacer ruido como las palomas cuando oyó la voz a sus espaldas.

—Nene, nene.

La mujer acartonada estaba sentada a la mesa (debajo estaba la maleta de tapas frágiles, con una cuerda alrededor por única llave), y le observaba con sus ojos vivos, derrumbada en la silla como una gata hambrienta y abandonada.

—Pan—dijo él.

Dándole un leve empujón a la mesa, la mujer retiró la silla y fue a la alacena. Sacó el trozo de pan que estaba al descubierto sobre las cajas de arroz y se lo llevó al hombre, que seguía manoteando y haciendo ruido.

*ser paloma*

—No hagah ruido, Pipe.

El desmoronó el trozo de pan sobre el alféizar, sin hacer caso.

—No hagah ruido, nene.

Los hombres que jugaban dominó bajo el toldo de la bodega ya miraban hacia arriba.

El dejó de sacudir la lengua.

*sin gente que me haga burla*

—A pasiar a la plaza— dijo.

—Sí, Holtensia viena ya pa sacalte a pasiar.

—A la plaza.

—No, a la plaza no. Se la llevaron. Voló.

El hizo pucheros. Atendió de nuevo al revoloteo de las palomas.

*no hay plaza*

—No, no fueron lah palomah —dijo ella—. Fue el malo, el diablo.

—Ah.

—Hay que pedirle a Papadioh que traiga la plaza.

—Papadioh —dijo él mirando hacia afuera— trai la plaza y el río...

—No, no. Sin abrir la boca —dijo ella—. Arrodíllate y háblale a Papadioh sin abrir la boca.

El se arrodilló frente al alféizar y enlazó las manos y miró por encima de las azoteas.

*yo quiero ser paloma*

Ella miró hacia abajo: al ocio de los hombres en la mañana del sábado y el ajetreo de las mujeres en la ida o la vuelta del mercado.

## 2

Lenta, pesarosa, pero erguida, como si balanceara un bulto en la cabeza, echó a andar hacia la habitación donde la otra, delante del espejo, se quitaba los ganchos del pelo y los amontonaba sobre el tocador.

—No te lo lleveh hoy, Holtensia.

La otra la miró de reojo.

—No empieceh otra veh, mamá. No le va a pasal na. Lo cuidan bien y no noh cuehta.

Saliendo de los ganchos, el cabello se hacía una mota negra sobre las orejas.

—Pero si yo lo sé cuidal. Eh mi hijo. ¿Quién mejol que yo?

Hortensia estudió en el espejo la figura magra y menuda.

—Tú ehtáh vieja, mamá.

Una mano descarnada se alzó en el espejo.

—Todavía no ehtoy muerta. Todavía puedo velar por él.

—No eh eso.

Los bucles seguían apelmazados a pesar de que ella trataba de aflojárselos con el peine.

—Pipe'h inocente —dijo la madre, haciendo de las palabras agua para un mar de lástima—. Eh un nene.

Hortensia echó el peine a un lado. Sacó un lápiz del bolso que mantenía abierto sobre el tocador, y comenzó a ennegrecer las cejas escasas.

—Eso no se cura —dijo al espejo—. Tú lo sabeh. Por eso lo mejor...

—En Puerto Rico no hubiera pasao ehto.

—En Puerto Rico era dihtinto —dijo Hortensia, hablando por encima del hombro—. Lo conocía la gente. Podía salir porque lo conocía la gente. Pero en Niu Yol la gente no se ocupa y uno no conoce al vecino. La vida eh dura. Yo me paso los añoh cose que cose y todavía sin casalme.

Buscando el lápiz labial, vio en el espejo cómo se descomponía el rostro de la madre.

—Pero no eh por eso tampoco. El ehtá mejol atendío allá.

—Eso diceh tú—dijo la madre.

Hortensia tiró los lápices y el peine dentro del bolso y lo cerró. Se dió vuelta: blusa porosa, labios grasientos, cejas tiznadas, bucles apelmazados.

—Dehpuéh di un año aquí, merecemoh algo mejor.

—El no tiene la culpa de lo que noh pase a nosotrah.

—Pero si se queda aquí, la va tenel. Fíjate.

Se abalanzó sobre la madre para cogerle un brazo y alzarle la manga que no pasaba del codo. Sobre los ligamentos caídos había una mancha morada.

—Ti ha levantao ya la mano y yo en la factoría no estoy tranquila pensando qué'htará pasando contigo y con él. Y si ya pasao ehto...

—Fue sin querel—dijo la madre, bajando la manga y mirando al piso al mismo tiempo que torcía el brazo para que Hortensia la soltara.

—¿Sin querel y te tenía una mano en el cuello? Si no agarro la botella, sabe Dioh. Aquí no hay un hombre, que li haga

frente y yo m'ehtoy acabando, mamá, y tú le tieneh miedo.

—Eh un nene—dijo la madre con su voz mansa, ahuyentando el cuerpo como un caracol.

Hortensia entornaba los ojos.

—No vengah con eso. Yo soy joven y tengo la vida por delante y él no. Tú también ehtáh cansá y si él se fuera podríah vivil mejor los añoh que te quedan y tú lo sabeh pero no ti atreveh a decirlo porque creeh que'h malo pero yo lo digo por ti *tú ehtah cansá* y por eso filmahte loh papeleh porque sabeh que'n ese sitio lo atienden máh bien y tú entonceh podráh sentalte a ver la gente pasar por la calle y cuando te dé la gana puedeh pararte y salir a pasiar como elloh pero prefiereh creer que'h un crimen y que *yo soy* la criminal pa tú quedar como madre sufrida y *hah sido una madre sufrida* eso no se te puede quital pero tieneh que pensar en ti y en mí. Que si el caballo lo tumbó a loh diez añoh...

La madre salía a pasos rápidos, como empujada, como si la habitación misma la soplara fuera, mientras Hortensia decía:

—... y los otroh veinte los ha vivío así tumbao...

Y se volvía para verla salir, sin ir tras ella, tirándose sobre el tocador donde ahora sentía que sus puños martillaban un compás para su casi grito.

—... nosotroh loh hemoh vivío con él.

Y veía en el espejo el histérico dibujo de carnaval que era su rostro.

## 3

*y no hay gallos y no hay perros y no hay campanas y no hay viento del río y no hay timbre de cine y el sol no entra aquí y no me gusta*

—Ya—dijo la madre inclinándose para barrer con las manos las migajas del alféizar. La muchachería azotaba y perseguía una pelota de goma en la calle.

*y la frialdad duerme se sienta camina con uno aquí dentro y no me gusta*

—Ya, nene, ya. Di amén.

—Amén.

Lo ayudó a incorporarse y le puso el sombrero en la mano, viendo que ya Hortensia, seria y con los ojos irritados, venía hacia ellos.

—Vamoh, Pipe. Dali un beso a mamá.

Puso el bolso en la mesa y se dobló para recoger la maleta. La madre se abalanzó al cuello de él —las manos como tenazas— y besó el rostro de avellana chamuscada y pasó los dedos sobre la piel que había afeitado esta mañana.

—Vamoh— dijo Hortensia cargando bolso y maleta.

El se deshizo de los brazos de la madre y caminó hacia la puerta meciendo la mano que llevaba el sombrero.

—Nene, ponte'l sombrero— dijo la madre, y parpadeó para que él no viera las lágrimas.

Dándose vuelta, él alzó y dejó encima del cabello envaselinado aquello que por lo chico parecía un juguete, aquello que quería compensar el desperdicio de tela en el traje.

—No, que lo deje aquí —dijo Hortensia.

Pipe hizo pucheros. La madre tenía los ojos fijos en Hortensia y la mandíbula le temblaba.

—Ehtá bien —dijo Hortensia—, llévalo en la mano.

El volvió a caminar hacia la puerta y la madre lo siguió, encogiéndose un poco ahora y conteniendo los brazos que querían estirarse hacia él.

Hortensia la detuvo.

—Mamá, lo van a cuidal.

—Que no lo mal...

—No. Hay médicoh. Y tú... cada do semanah. Yo te llevo.

Ambas se esforzaban por mantener firme la voz.

—Recuéhtate, mamá.

—Dile que se quede... no haga ruido y que coma de to.

—Sí.

Hortensia abrió la puerta y miró fuera para ver si Pipe se había detenido en el rellano. El se entretenía escupiendo sobre la baranda de la escalera y viendo caer la saliva.

—Yo vengo temprano, mamá.

La madre estaba junto a la silla que ya sobraba, intentando ver al hijo a través del cuerpo que bloqueba la entrada.

—Recuéhtate, mamá.

La madre no respondió. Con las manos enlazadas enfrente, estuvo rígida hasta que el pecho y los hombros se convulsionaron y comenzó a salir el llanto hiposo y delicado.

Hortensia tiró la puerta y bajó con Pipe a toda prisa. Y ante la inmensa claridad de un mediodía de junio, quiso huracanes y eclipses y nevadas.



# El rebelde

*por Edwin Figueroa*

La niña pasó toda la mañana en espera del acontecimiento. Equilibrándose sobre la silla que le servía de escaño permaneció apoyada en el borde roñoso de la ventana mirando la hebra polvorienta del camino hasta su remate más lejano.

Con aquellos grandes ojos azules habría querido traspasar la loma y descubrir lo que no alcanzaba a ver desde su incómoda altura.

En el estrecho colgadizo, más viejo y destartalado que el resto de la casa, Valentina simulaba afanarse en los

quehaceres usuales. De vez en cuando se arrimaba al pasillo y, deteniéndose a medio ocultar junto al virote de la puerta, espiaba a su hija silenciosamente. Por momentos le entraban deseos de arrancarla de la ventana donde la niña permanecía aferrada. Pero, al sentirse insegura de lo que debía hacer, dejaba caer los brazos impotentes y tornaba al trabajo con un oscuro sentimiento de fracaso. Los ojos sin brillo, hundidos en la ancha cuenca descarnada, permanecían fijos por largo rato en algún objeto donde encontraba las huellas del ausente.

Más de una vez se sorprendió a sí misma alelada, moviendo los labios maquinalmente en un rumiar interminable de palabras rebeldes. –*Nos iremos de todo esto, más lejos todavía, donde no halle boca que lo miente, ni me persiga más su sombra.*

Cayó de nuevo en la cuenta de lo que estaba haciendo y reanudó con más brío la faena a medio acabar.

Afuera, el cielo era una sola claridad cegante cuando la exclamación de la niña llegó hasta la cocina como un canto de mal agüero.

–¡Mamá, ya vienen! ¡Mire, ya vienen!

La mujer sintió la conmoción del grito, pero antes de acudir trató de serenar el semblante; escurrió despacio las manos jabonosas sobre la artesa del fregado y caminó hacia el cuarto, se acercó sigilosamente hasta la ventana y apoyó las manos húmedas sobre los estrechos hombros de su hija.

–¿Pa quién será esa caja?

Valentina escuchó la pregunta y hubiese querido tener fuerzas suficientes para hablarle y contárselo todo de una vez en aquel momento:

–*Sabría todo lo que he tenido que fajinear sola pa llevar la vida por culpa de él. No me volvería a preguntar más y hoy también quedaría enterrao su nombre en esta casa...*

Pero no encontró palabras; alzó los párpados y sus ojos se dilataron desmesuradamente al distinguir en la loma distante los cuatro hombres que cargaban la caja de muerto. Se había propuesto mostrarse fuerte, indiferente; pero sin quererlo, las figuras se le fueron emborronando más y más en cada parpadeo.

–¿Usté no lo conocía?– preguntó la niña con mayor inquietud.

–¡Fue un desconsiderao de primera!– cortó secamente la madre.

La niña, sin embargo, no entendió la respuesta; a medida que avanzaban los cuatro hombres sentía crecer su curiosidad. No le

llamó la atención, como otras veces, el ruido de los gandules secos estremecidos por la brisa caliente del mediodía; ni le molestó el vaho de sol y polvo que ascendía de la tierra tostada.

Cuando advirtió que los hombres se distinguían con más claridad, corrió apresuradamente a la puerta y bajó la alta escalera de tachuelo en un santiamén. Fue a ponerse frente a las mayas del camino y allí esperó hasta que pasaron la caja vacía para el hombre que había muerto la noche anterior en el Lucero.

En los ranchos de la hondonada, las vecinas murmuraron:

—Cada muerto tiene su hoyo, pero éste en poco no encuentra quien le eche un puñao de tierra.

—Y pensar que por defendel esa tierra se dejó moril.

La niña observó atenta el paso del féretro vacío hasta que le vió perderse tras la maraña de árboles al otro lado del río. La novedad del acontecimiento atrajo al camino la muchachería del barrio y, al dispersarse, cada uno echó su comentario:

—A la tardecita bajan esa caja con el difunto edentro.

—A mi abuela la fueron a buscal pa que le cantara el rosario, pero en casa no la dejaron dil.

—No tenían ni una sábana pa amortajarlo.

—Vivía solo en el Lucero, por donde mi pai tiene una tala sembrá.

—No se aguantó en el hospital cuando lo sacaron de la cárcel...

Arriba, en la casa, Valentina abrió el viejo baúl arrinconado junto a la cama. De aquellos objetos carcomidos guardados tanto tiempo emanaba un olor viejo y húmedo que impregnó el aire hasta saturar todo el cuarto. Libros y papeles, recortes de periódicos desmigajados por el tiempo, aparecían ordenados con gran cuidado. Fue considerando la idea de quemarlos sin que la niña lo notara, pero al revolverlos dió con un viejo retrato donde aparecía ella junto al marido joven. Dos largas crenchas negras encerraban su cara redonda y alegre. La tez moscabada se esparcía tirante sobre los duros pómulos. Mientras lo contemplaba, llevó su mano hasta el rostro, palpándose las facciones ahora huesudas y marchitas. Sintió pasos en la escalera y dejó caer la pesada tapa del baúl.

La niña entraba mostrando en el pequeño rostro pecoso la curiosidad no del todo satisfecha; se subió a la silla nuevamente y apechándose a la ventana comenzó a hablar sin fijarse en lo que la rodeaba.

—A la tardecita lo bajan pal pueblo. Dicen que se murió ahogao con sangre. ¿Cómo se llamaba?

*—Se llamaba...* estuvo a punto de responderle Valentina, pero sintió entonces que su rostro se ensombrecía; hizo un esfuerzo por dominar los nervios y caminó hasta la pequeña imagen del Perpetuo Socorro pegada a la pared; frotó el fósforo que llevaba en las manos y, sin querer escuchar más a la niña, encendió dos pedazos de vela sobre el tablero, frente a la Virgen, y le pidió fuerza para contenerse. La corriente de aire empequeñeció las llamas, pero no alcanzó a apagarlas. El ángulo de luz que entraba por el marco descuadrado de la ventana se dilató más hasta que una sola claridad crepuscular llenó el cuarto.

En los altos escalones de la casa la niña reanudó la espera nuevamente. *—A la tardecita bajan el difunto,* pensó con nueva curiosidad.

Por los cobijales de los ranchos comenzaron a salir lentas columnas de humo. El mugido vespertino de las reses que volvían de las "comeuras" le fue indicando que la hora se acercaba.

Tras la altura verdinegra de los montes, el azul uniforme del cielo se había hecho más oscuro cuando la niña alcanzó a ver, por fin, la extraña comitiva del entierro.

—¡Allá viene!— gritó, y bajó corriendo de nuevo hacia el camino.

Valentina sintió que las brisas frías y silbantes que soplaban del cerrote la despojaban de su fuerza; que su cuerpo era como un mazo de yerba seca, sin savia ni color en aquel largo camino de puertas cerradas, desprecios y murmuraciones de barrio. Y pensó nuevamente en huir con su hija: *—Se lo diré de una vez o nos tendremos que ir, más lejos todavía, por donde no haya pasao su nombre ni ande después de muerto rodiándonos en boca e la gente.*

Cambió la vista y se enfrentó a la imagen del Perpetuo Socorro. Una larga mirada se cruzó entre ambas y sus dedos comenzaron a rodar por las camándulas del rosario en un rezo apagado y monótono. La flama endeble de las velas cambiaba las sombras intermitentemente.

Los cuatro hombres aparecieron en el recodo próximo a la casa, cargando el ordinario ataúd de raso color violeta.

La tarde se apresuraba sobre el campo mientras la niña veía acercarse el tránsito fúnebre y solitario. Cuando estuvieron frente a la casa, la niña cruzó el zanjón que la separaba del camino y siguió a los cuatro hombres vereda arriba. Le llamaba la atención la bandera desflecada flotando sobre la tapa de la caja a cada soplo de brisa.

Arriba en la casa, Valentina permanecía sentada frente a la

imagen iluminada por las velas. En el silencio de las esquinas oscuras, el rezo descendía lento, derretido.

Pero la voz del hombre no se acallaba en su conciencia. Ni se borraba su figura enérgica que ya no podía repetirse. Y sus palabras martillándole las sienes...

*—Así no se puede vivir, Valentina, hay que tener ideales y sacrificarse por la patria.*

*—¡Pamplinas, pa mí no hay más patria que mi hija y mi marío!*

*—¡Hay que tener vergüenza en la cara, no somos animales!*

*—Ya estoy cansá de tanta promesa. Decídete di una vez. O dejas la manía esa de bandera y de patria o te vas de to esto y me dejas tranquila. Pero si te vas, morirás pa nosotras. Te aseguro que día ha de llegar en que tu hija te pasará por el lao y no sabrá que eres su padre... Escoge, de hoy pa siempre...*

Y aquel largo silencio antes de la despedida:

*—De hoy pa siempre, Valentina...*

Después... la soledad vacía, la pobreza, el asedio en cada barrio con las noticias del hombre... diez años de cárcel, ¡diez años!, el regreso, enfermo y derrotado sin querer verla, buscando un rincón donde morir, sin hablar una palabra, sin aire en los pulmones...

Tendió la vista a la imagen a la vez que separaba el rostro desencajado de entre las manos estrujadas y filosas. Luego se irguió lentamente y al alzar la vista hacia la ventana, alcanzó a ver el final de su historia en los cuatro hombres, el ataúd y la estrella desflecada remontando el último trazo visible del cerrote.

Apoyada en el borde roñoso de la ventana observaba a su hija cuando en la loma distante se detuvo para iniciar el regreso. La vió mirar hacia la casa y echar otra mirada al solitario cortejo que se perdía por los recuestos empinados.

La voz del hombre ya se había acallado en su conciencia... pero sus propias palabras le llegaban ahora en el brizote que soplaba del cerro:

*—Día llegará en que tu propia hija pasará por tu lado y no sabrá que eres su padre.*

Miró las pequeñas llamas y sintió su ardor en los ojos, en su boca, en el alma. Y no se atrevió a mirar la imagen... de la Virgen.

# Indice



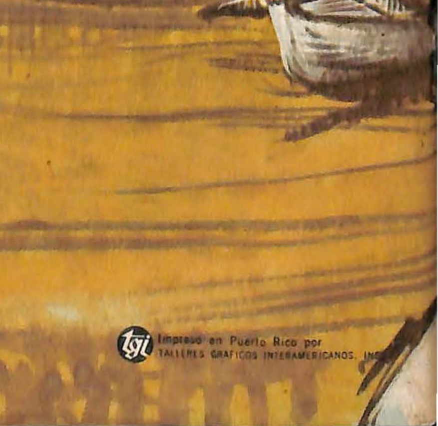
*Ilustraciones de Carlos Marichal*




Esta serie, Libros del Pueblo, es publicada
por el Instituto de Cultura Puertorriqueña
Núm. 4 Diciembre de 1966

Este folleto forma parte de la serie Libros del Pueblo que publica el Instituto de Cultura Puertorriqueña. La serie, de un carácter aún más difusivo que la Serie Popular del Instituto, se reparte gratuitamente, en forma de folletos, monografías sobre temas de interés general y trabajos de literatos puertorriqueños del pasado y del presente. Los folletos ayudarán al lector a iniciarse en la lectura de las mejores obras literarias de Puerto Rico y a adquirir conocimientos de la historia, las artes y las ciencias.

Las personas interesadas en adquirir ejemplares de estos folletos podrán solicitarlos en el Departamento de Instrucción Pública, principal encargado de la distribución, en los Centros Culturales de los pueblos, o en las oficinas del Instituto en San Juan.



tgi Impreso en Puerto Rico por
TALLERES GRAFICOS INTERAMERICANOS, INC.